684

EL ANIVERSARIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON MANUEL GODINO.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

EL ANIVERSARIO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elaniversariocom2306godi

EL ANIVERSARIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON MANUEL GODINO.

Representada por primera vez en la inauguracion del teatro de Variedades en Setiembre de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA	D.ª JUANA NAVARRO.
DOÑA FERNANDA	MARIA RODRIGUEZ.
EL GENERAL	D. PEDRO DELGADO.
RAFAEL	RAFAEL IBARRA.
PEDRO	ENRIQUE JÁUREGUI.
ARNOLDO	RICARDO ZAMÁCOIS.
DON VICENTE	JOSÉ GARCIA.
ANDRÉS	RAFAEL JOVER.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Qneda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa del General, adornado con sumo gusto, pero con sencillez.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, haciendo labor, PEDRO y ANDRÉS.

EMILIA. No se lo digas, Andrés.

ANDRES. No tenga usted cuidado, señorita. Á los torpes, que cavilen.

PEDRO. Son muchos los necesitados, y es difícil adivinar.

EMILIA. Pues, amiguito, cómo ha de ser!

PEDRO. El año pasado anduve tan torpe como el presente.

EMILIA. Poco adelanta usted.

PEDRO. Qué quiere usted?... Si mis fuerzas igualáran á mi voluntad!

EMILIA. Porque no tiene usted fe.

PEDRO. No diga usted eso, por Dios. En mi corazon hay un tesoro inmenso, inextinguible! Si me nombrára usted cobarde, acertaria.

EMILIA. Mal militar haria usted!

PEDRO. Quizá esa debió ser mi carrera. No es de ese género el valor que me falta. Cuando oigo relatar á su digní-

613112

simo padre de usted tanta y tan heróica hazaña en que ha tomado parte, mi sangre se enciende en entusiasmo y envidio su suerte. Qué mejor modelo podria seguir para aspirar á la gloria! Confieso á usted francamente que he tenido momentos en que casi no me he podido dominar, y he estado á punto de abandonar esta vida tranquila y apacible por la honrosa y agitada de los campos de batalla.

EMILIA. (Mirándole con dulzura.) Y seria usted capaz de abandonarnos?...

PEDRO. (Con turbacion.) Ya ve usted que, á pesar de todo... no lo he hecho.

ANDRES. (Por lo bajo.) Malo!... malo!... (Alto.) Y á todo esto, no acierta usted quién es la agraciada este año?

PEDRO. No; me doy ya por vencido. Todos los años en el dia de su santo, dota Emilia á una huérfana; redime del servicio militar á algun desgraciado, ó realiza uno de esos actos de caridad que llevan la paz, el consuelo y la felicidad á una familia. Qué hermoso destino el de usted!!... Toda la comarca la tiene por su ángel tutelar; no hay en todos los corazones más que un sólo sentimiento hácia usted: amarla, respetarla y cubrirla de bendiciones.

EMILIA. Alto ahí, que no soy yo la que hago esas cosas, que tan buenas parecen á usted.

PEDRO. No es á mí á quien lo parecen. Penetre usted en el hogar del pobre y lo verá.

EMILIA. Pues no soy yo quien lo hago.

PEDRO. Entónces, quién es?

EMILIA. No sabe usted que mi madre se llamaba como yo?...

PEDRO. Pero su madre de usted no existe.

EMILIA. Qué importa?... Ella preside todas las acciones de mi vida; ella me ilumina y alienta para ejercer la caridad, y en su nombre, y solo en su nombre, solemnizo así el santo mio, que lo era suyo tambien.

PEDRO. (Despues de contemplarla.) Es usted un ángel!

EMILIA. ¡Pobre de mí! y qué pocos merecimientos he hecho to-

davía para obtener ese nombre!—Hablemos de los demas; puesto que usted ice que es tan torpe, yo le iré dando señas á ver si así acierta. ¿No me ha hablado usted estos dias de un desgraciado, que era el cartero de pueblo?

PEDRO. ¡Pobre Tomás! Si algun hombre ha merecido el título de honrado, lo era ciertamente aquel infeliz! Vivia en una casa contigua á la mia y he sido testigo de sus penalidades y sufrimientos. Su esposa era tan buena como él. Yo la asistí en su última enfermedad. Todos abandonaron aquella pobre mansion, temerosos de caer al contagio del cólera. En mis brazos rindió el último aliento, y el pobre Tomás y sus tiernos hijuelos fueron los únicos que acompañaron al Campo-Santo á aquellos queridos despojos. Poco á poco han ido muriendo los tiernos niños, á quienes ya faltaba el dulce calor de la madre. Sólo vivia la última criaturita, y Tomás me decia todos los dias, con las lágrimas en los ojos, que no podria resistir al dolor de verla morir tambien, que se lo llevára Dios ántes que ver desaparecer el último pedazo de su alma. Y sus deseos se han cumplido, pero en cambio ha quedado absolutamente sóla en el mundo la tierna niña, que ni un jergon de paja tiene siquiera donde reposar.

EMILIA. Pues ya debe usted suponer quién es la agraciada este año.

PEDRO. ¿Es posible?... ¡Qué buena es usted! Y yo he sido la causa?...

EMILIA. He creido que así complacia al que tenemos por un buen amigo.

PEDRO. ¡Oh! sí! Un amigo verdadero, dispuesto á todo, hasta á derramar mi sangre por usted.

ANDRES. (Bajo.) ¡Malo! malo!!...

EMILIA. (Muy contenta.) ¿Qué es eso, Andrés? murmuras?... ¿No te parecen sinceras las palabras de Pedro?... no te agradan?...

ANDRES. Creo que le agradan á usted más que á mí.

PEDRO. Andrés no puede hacerme la ofensa de suponerme falso.

ANDRES. De ningun modo.

EMILIA. Andrés es otro! Él, que era nuestra alegría, siempre con sus historias de soldado y sus ocurrencias...

PEDRO. La desaparicion de Julian...

ANDRES. Doblen ustedes la hoja, por Dios! No hablemos de eso.

EMILIA Pero nada se sabe de tu hijo?...

ANDRES. Oh!... no... nada.

EMILIA. No te apures tanto. Julian era de carácter novelesco y emprendedor, y verás cómo se ha lanzado al mundo para probar fortuna.

ANDRES. ¡Señorita, por Dios! Suplico á usted que no hablemos de eso. Estoy que me ahogo con un cabello! No puedo resistir esa conversacion, porque me falta poco para llorar!

ILIA. Bien, bien. Respetemos tu secreto.

PEDRO. Lo malo es, que si los huéspedes se enteran, no le dejarán tranquilo.

ANDRES. No será así; porque si con mis amos callo, no tengo calma para los demas.

PEDRO. Como esa señora doña Fernanda es de carácter tan burlon...

ANDRES. Ya sabe ella que no me gusta, y que la conozco, y qué si algo la libra de mí es estar en casa de mi General.

EMILIA. Qué motivos tienes para no quererla?

ANDRES. Cosas que... en fin, señorita, corazonadas y nada más.

PEDRO. Y es de aquí, segun he oido decir.

ANDRES. Hemos nacido en el mismo pueblo; calcule usted si nos conoceremos.

EMILIA. Pero ellos han vivido lejos...

ANDRES. Qué importa! Conozco á toda su gente y al marido de esa señora, hizo la campaña de la Independencia con nosotros.

PEDRO. Conque era militar?

ANDRES. Fué comisario de guerra. Hombre honrado y muy servicial y muy afecto al amo; pero tuvo la desgracia de

casarse con la tal doña Fernanda, y murió achicharrado á fuerza de sofocones.

PEDRO. Y de qué familia es esa señora?

ANDRES. Hija de un botero, hombre muy raro y que murió medio loco, y á ella la llamábamos aquí la *boterilla*. Muy guapa y muy arriscadilla que era, y así prendó á aquel buen señor don Felix el comisario, que más le valiera haber caido en una emboscada francesa. Es mujer de mucha historia. No me gusta que sean nuestros huéspedes. No pueden traer cosa buena.

PEDRO. Pues el hijo parece muy listo. (Mirando á Emilia.)

EMILIA. (Sonriendo.) Es un buen cortesano.

ANDRES. Un mico, que no sirve para nada. Ya sabemos aqu la fechoría que hizo en Zaragoza, donde formó una sociedad de no sé qué, y se largó con los fondos y dejó á todos con la boca abierta. Gracias á que el General interpuso su influencia, si no va á un presidio.

EMILIA. Es posible?

ANDRES. Lo que usted oye. Es muy mono el señorito! como su madre. El andar de la madre tiene la hija, siempre salen los cascos á la botija. Pues si yo le contára á usted otra cosa!... pero no tengo humor para nada, señorita.

PEDRO. (Con satisfaccion.) De esos mismos señores? Bien puede usted decirlo para que los conozcamos.

EMILIA. Qué es?...

ANDRES. Que esa señora ha tenido pretensiones de ser madrasta de usted.

EMILIA. Qué me cuentas!

ANDRES. La verdad. Á buena parte fueron á dar sus zalamerías! Al General, que es más fuerte que un castillo y que la conocia bien Me acuerdo del dia en que su padre de usted me habló del lance y me dijo: ya ves, buen Andrés, el lazo que se me tiende, como si hubiera mujer en el mundo digna de ocupar el puesto de aquella santa que Dios se llevó! Como si la hubiera capaz de disputarme el cariño, la idolatría que consagro yo sólo

á mi tierna Emilia, á ese ángel de mi amor, á la mitad de mi alma!!...

EMILIA. Oh, querido padre mio!...

PEDRO. No hay hombre más digno sobre la tierra!

ANDRES. Dígalo usted de todo corazon! Para saberlo bien, yo, que he sido su amigo en la infancia, que le he acompañado en los campos del honor, cuando combatiamos por la honra de nuestra patria, que he sido testigo de su resignacion en los reveses, de su modestia cuando adornaba su frente el laurel de la victoria. Yo, que he cerrado sus heridas, que he velado su sueño, y he comido su pan y me ha consolado su voz! Qué no haria yo, Dios mio, por mi providencia sobre la tierra?

PEDRO. Ya Dios le recompensa con el amor y el respeto que le profesamos todos en esta comarca, con el cariño de sus hijos; porque Rafael se arrepintió de sus locuras y ha entrado en la senda del honor.

EMILIA. Estoy segura que desde hoy será mi hermano tan bueno, como loco y despreocupado ha sido hasta aquí.

ADDRES. Tiene que serlo á la fuerza! Dichoso padre! Cuánto me alegro de que cierre sus ojos rodeado de sus hijos!... Otros... Oh! otros no tendrán esa dicha!...

EMILIA. Nos vas á poner de mal humor?...

ANDRES. Nada, señorita, se acabó, estoy loco; si usted supiera por qué, me disculparia!... perdóneme usted. (Se oye tararear á Arnoldo y dice Andrés.) Esto me despierta. (Á Pedro.) Vamos de aquí?...

ESCENA II.

DICHOS, ARNOLDO, vestido con mucho esmero y que entra tarareando y con gran desenfado.

ARN. Saludo á la aurora. Hoy empieza el dia para mí felicísimamente.

EMILIA. Pues muy tarde sale la aurora para usted.

ANDRES. Costumbres cortesanas.

ARN. Justo, señor Andrés. (Á Pedro.) Perdone usted, amigo

mio, si no le he saludado ántes... Habiendo damas...

PEDRO. Es muy natural. Lo mismo hacemos en el pueblo, y eso que no entendemos mucho de cortesía...

ARN. Oh, la galantería es innata en el hombre, y más en este suelo español, cuna y emporio desde los más remotos tiempos de caballeros galantes.

ANDRES. Dígame usted, señor don Arnoldo, don Quijote era español?...

ARN. (Con grande burla.) Español puro y neto, galante, amoroso y en todo cumplido y perfecto.

ANDRES. Pues no se ha perdido la raza.

PEDRO. Sin embargo; aquí si carecemos de esas bellas cualidades, hablamos en cambio con el corazon.

ARN. Oh! La sinceridad! la franqueza! esas sí que son las más hermosas cualidades de la humanidad! En los breves dias que he de tener el placer de pasar aquí, voy á dedicarme al estudio de estas puras costumbres, y á escribir un libro que trascienda á tomillo y á romero, espejo fiel de la encantadora vida campestre, y que tendrá el mayor de los atractivos si esta señorita me autoriza á poner su digno nombre al frente de mi escrito.

EMILIA. Yo?... Cómo quiere usted que acceda á su pretension, si sobre mi voluntad hay otra muy querida que consultar?...

ARN. Oh! Al General le convenceremos. Es bueno, generoso, le agrada lo bello y accederá! Y ahora que hablamos del General, usted no puede figurarse el libro que más llamaria la atencion de España, de Europa!

ANDRES. Qué libro del General?...

ARN. Su biografía, hombre! Historia, novela, todo lo abarca! La lucha veneranda de nuestros padres contra la usurpacion, la otra no ménos grande de nuestra emancipacion social, esas dos grandes luchas, verdadera epopeya del más heróico de los pueblos, personificada en el modesto caudillo, que se retira á la vida privada, cargado de honores y de laureles, y se consagra al bien de sus semejantes! Oh! esto sí que es verdadera-

mente grande y maravilloso!... Si ustedes me ayudan, doy principio á esa obra gigantesca!

PEDRO. Grande cosa seria si un hombre sólo pudiera abordarla.

ARN. Pues no?... Con la fe todo se consigue.

ANDRES. Muchos años necesitaria usted.

ARN. Qué disparate!... Nada, á ratos perdidos... En ocho dias. Si ustedes me dan datos...

ANDRES. Yo podria dar á usted uno que le dejaria memoria.

ARN. Es posible?... Venga, venga.

ANDRES. Pediremos permiso al General.

ARN. Convenidos.

ANDRES. (Á Pedro.) Usted se queda?.

PEDRO. No, tengo que salir. Emilia, voy á decir á mi recomendada la suerte que la espera, si usted me lo permite.

EMILIA. Por qué no?...

PEDRO. Oh! gracias! Hasta luego. (Á Arnoldo.) Servidor de usted.

ARN. Beso á usted la mano, amiguito. Andrés, que no se olvide usted de su promesa.

ANDRES. Pierda usted cuidado, que no la olvidaré.

PEDRO. (Al salir.) Qué dato es ese, Andrés?

ANDRES. El que le falta. Un solemne pescozon.

ESCENA III.

EMILIA, ARNOLDO.

ARN. Qué opina usted de mis proyectos, Emilia?

EMILIA. Muy bien.

ARN. Será cierto?

EMILIA. Y por qué no? Esos proyectos se fundan en el trabajo, y tan digna cualidad los hace merecedores de estima.

ARN. No puede usted figurarse lo que me encanta esa opinion! Oir yo de usted esa prueba de simpatía, es el mayor galardon á que pudiera aspirar.

EMILIA. En primer lugar, no creo que mi opinion merezca esas alabanzas...

ARN. No sea usted tan modesta.

EMILIA. Oh! sí. Y en segundo lugar, estamos hablando de sus proyectos y no de su persona.

ARN. Pero cómo segregar lo uno de lo otro? Cómo puede usted suponer que yo elogie esa bondad encantadora y prescinda de la simpática persona que la posee?

EMILIA. Son, sin embargo, dos muy diferentes cosas.

ARN. Oh! En la ocasion presente, no puedo mirarlas desunidas. La opinion de usted respecto á mis propósitos me ha henchido de felicidad.

EMILIA. Vuelvo á suplicar á usted que rebaje en mucho su valor.

ARN. No es posible! Es usted una de esas flores encantadoras que rodean de perfume á todo el que las mira. Es usted el sueño encantado de la imaginacion del poeta. No es posible mirar á usted sin sentirse comovido hasta el fondo del alma.

EMILIA. Está usted ya componiendo su libro?

ARN. Usted no tiene conciencia de su verdadero valor! Por su nacimiento, por su hermosura y por su talento, dedeberia brillar en otro mundo distinto del que habita. Usted seria el encanto y el más envidiado adorno de la córte!... En aquellos magníficos salones cubiertos de terciopelo y oro, al reflejo de aquellos raudales de luz, pasaria usted por una hada encantadora; tendria usted á sus piés el orgullo de las mujeres y el corazon de los hombres! Cuán bello, cuán digno seria su destino.

EMILIA. Já, já!...

ARN. Qué, se rie usted de lo que digo?

EMILIA. Qué he de hacer!... Se eleva usted tanto!...

ARN. Y quién no se siente inspirado en su presencia?...

EMILIA. Vamos, voy á persuadirme de que ha empezado usted su libro!

ARN. Ah! no, interesante Emilia! Crea usted en la sinceridad de mi lenguaje!

EMILIA. No siga usted, no se canse; nada de lo que dice me conmueve.

ARN. Permítame usted que lo dude.

EMILIA. Juzgue usted como guste, me es igual. Yo soy aquí feliz, y todos los dias pido á Dios que me conserve en mi soledad querida.

ARN. Porque no ha llegado á usted el ruido del mundo.

EMILIA. Ojalá no llegue nunca! Qué más puedo yo desear? Tengo un padre, modelo de hombres, que me sirve de escudo y guia. Tengo libros morales que recrean mi espíritu; flores que embalsaman el ambiente; un horizonte sin nubes que encanta mi vista; la meditacion, que fortalece mi alma. Todos los habitantes de esta comarca me estiman: unos, me deben consuelo; algunos, gratitud; muchos, afecto; otros, amistad. No hay uno sólo que no me quiera. Comprende usted la felicidad de mi corazon?... Por otra parte, aquí tengo enterrada la mitad de mi alma. Cerca de aquí reposa para siempre mi santa madre, que desde el cielo me inspira la virtud.—Abandonar esta tierra, seria abandonar á mi madre. No hay hija que tenga valor para tanto. Y todos los actos de mi vida; todos mis pensamientos, mis afanes y mis deseos, se fundan en acercarme á su mansion, digna de ella, para dormir tranquila el sueño de la muerte.

ARN. Ese es el encanto de los primeros años. Dia llegará en que encuentre usted un vacío y envidie la suerte de otras mujeres mil veces inferiores á usted.

EMILIA. Que yo envidie?... No diga usted eso; no me confunda usted con seres capaces de tan bochornosa pasion.

ARN. No es mi ánimo suponer en usted cualidades censurables.

EMILIA. Así debe ser.

ARN. Usted, para mí, es la mayor perfeccion sobre la tierra.

EMILIA. Jesus!

ARN. Pídame usted sacrificios, pruebas. Qué no haria yo á una sola mirada de usted!

EMILIA. Veo que rebaja usted mucho su pensamiento poético. Como broma, pase.

ARN. Hablo con el corazon.

EMILIA. Pues sujete usted su corazon á las leyes de la hospitalidad y no busque un desengaño.

ARN. Pierdo ya su estimacion?...

EMILIA. Para perderla es preciso ofenderme, y usted no lo hará!

ARN. Ciertamente que no. (Ap.) Demonio!... la niña!...

ESCENA IV.

DICHOS y DOÑA FERNANDA, muy compuesta.

FERN. Oh! felicísimo encuentro!

EMILIA. Señora!

FERN. Querida del alma! (La besa.) Es mucha mi alegría en hallarla á usted aquí.

EMILIA. Mil gracias, señora.

FERN. No me canso de mirar á usted. Es usted la jóven más bella que yo he conocido!

EMILIA. Por Dios!

FERN. No exagero, no. No es ese mi carácter. Yo peco de franqueza. La última vez que tuve la dicha de verla, era usted muy niña. Usted no puede acordarse.

EMILIA. No señora.

FERN. Cómo es posible! Oh, tiempos felices, y cuán pronto volaron!

ARN. Pues no se puede usted quejar, mamá!

FERN. Calla, tonto. Qué sabes tú?... Qué le parece á usted mi hijo, Emilita?...

EMILIA. No sé, señora, lo que usted me pregunta.

FERN. Que si le parece á usted instruido, urbano, apreciabilísimo.

EMILIA. Yo, señora...

ARN. Esa es una pregunta á quemaropa, y no es fácil contestarla.

FERN. Pues yo la he contestado mil veces y sin vacilar. No sea usted tonta, Emilia. El mundo, ó por mejor decir, los hombres, nos imponen leyes muy duras y crueles,

contra las que es hasta meritorio el sublevarse. Nosotras debemos tener como ellos franqueza, derecho de eleccion. Alguna vez hemos de sacudir el funesto yugo que nos imponen.

ARN. Pobres de nosotros!

FERN. Sí señor; pero qué es esto, querida mia? Está usted con un humilde traje de percal?...

EMILIA. Sí señora.

FERN. Ah, vamos. Es traje de mañana?

EMILIA. No señora. Es traje de todo el dia. Aquí no se viste de otro modo, ni á mí me agrada otra cosa.

FERN. Oh! En siendo á su gusto!... Y es muy bonito! Y le está á usted á las mil maravillas!

EMILIA. Gracias.

FERN. Nada de gracias, digo lo que siento. Mi defecto es la franqueza.

EMILIA. Y ha descansado usted ya?...

FERN. Perfectamente, hija mia. El pabellon que se me ha destinado es delicioso. He pasado una noche celestial. Esta mañana, cuando abrí la ventana, quedé encantada del espectáculo.

EMILIA. Está bien situado.

FERN. No cabe más! Es habitacion para un artista.

ARN. Yo la reclamo.

FERN. Justo. Tú gozarás en ella, y allí darás libre vuelo á tu inspiracion. Mi Arnoldo es poeta, no lo sabe usted, Emilia?...

EMILIA. Ya tengo algunas noticias.

FERN. Pues verá usted, hija mia. Y usted es música, no es cierto?

EMILIA. Soy aficionada.

FERN. Oh! dulce encanto! La poesía! La música! Las dos cosas más bellas de la vida hermanadas en este pintoresco eden, pidiendo inspiracion bajo las copas de los castaños y los tilos! Á propósito de tilos. Anoche oí decir que tienen ustedes el sitio más ameno de la posesion en un paseo llamado de los tilos.

EMILIA. Es efectivamente un lugar muy bello. Mi padre h puesto todo su empeño allí.

FERN. Oh delicia! Ya deseo verle, supongo que usted será tan amable que me lo enseñará.

EMILIA. Con mucho gusto.

FERN. Gracias, hija mia. Es usted tan amable como bella.

ARN. Son dos cualidades siempre gemelas.

FERN. No hay más que mirarme á mí. Conque, diga usted, Emilita, con sinceridad: no es usted más que aficionada á la música?

EMILIA. No lo dude usted. He hecho mi aprendizaje en esta soledad, y ya comprenderá usted que aquí no hay elemen tos para otra cosa.

FERN. Oh! El génio todo lo vence. Lo que no sabe, lo adivina.

EMILIA. El génio sí; pero como que yo...

FERN. Calle usted por Dios, hija mia. No diga usted una blasfemia. No hay más que mirar á usted para adivinar d lo que es capaz, verdad, Arnoldo?...

ARN. Ciertísimo, Emilia seductora.

FERN. Y qué género cultiva usted con más gusto? Cuál es su autor favorito?

EMILIA. No tengo predileccion marcada por ninguno.

FERN. Pero es usted apasionada de la música italiana?...

EMILIA. Es la que más me agrada.

FERN. No lo decia yo?... Si no hay más que mirar á usted. Yo la comprendo en seguida. Yo estoy segurisíma de que seria su mejor amiga; porque habia de comprender y satisfacer sus menores caprichos.

EMILIA. Mucho asegura usted.

FERN. No lo dude usted, querida mia, no lo dude usted. Ya ve usted cómo he adivinado su gusto por la música. Y apropósito de música, debo prevenir á usted una cosa de la mayor gravedad. No vaya usted por ignorancia á cometer un pecado horrendo!

EMILIA. Me asusta usted.

FERN. Afortunadamente estoy yo aquí para prevenirla.

EMILIA. Diga usted.

FERN. Se ha levantado un falso amigo de la música, que so pretexto de la broma y el pasatiempo, trata de destruir ese arte sublime.

EMILIA. Pero eso no puede lograrlo nadie.

FERN. Yo la aviso á usted el peligro. Guárdese usted de él. Si viene aquí, ciérrele usted las puertas, y si se entra en el pueblo, que se emplee en su persecucion hasta la guardia civil.

EMILIA. Pero hasta que usted me diga quién es...

FERN. Tiene la avilantez, hija mia, de llamarse género.

EMILIA. Género?...

FERN. Género bufo!...

EMILIA. Ah!!...

FERN. Bufo!! Hasta la palabra es mal sonante! Yo nombraria un tribunal para que lo juzgára.

ARN. Mejor seria ahorcarlo sin formacion de causa.

FERN. Verdad. Yo, hija de mi alma, lo detesto. Ha visto la perturbacion en que hoy se encuentra todo y ha levantado la cabeza para abochornar á la pobre Euterpe. Pobre señora!!...

ARN. Cómo difiniria usted el género bufo, mamá?...

FERN. Muy sencillamente. Género bufo es un caballero de industria que vive del secuestro de una dama respetable.

ARN. Emilia no caerá en el error de acogerle.

FERN. No es posible!

ARN. Emilia completará su educacion musical en el teatro Real.

FERN. Ó dulce recuerdo! El teatro Real!!... Allí tiene usted un puesto, hija mia, que nadie le puede disputar. Allí brillará usted como se merece, entre lo más bello, lo más elegante y distinguido de Madrid.

EMILIA. Muy lejos veo ese tiempo. ¿Me permite usted, pues ya es hora, que pase á ver á mi papá?...

FERN. Al noble General?... Con mil amores, querida mia. Pónganos usted á sus órdenes. Dígale usted que ya deseo verle, preguntarle por su cara salud, pasar u

rato en su agradable compañía.

EMILIA. Gracias por él.

FERN. Y cuente usted con que no me olvido del paseo de los tilos.

EMILIA. Pierda usted cuidado. Adios.

FERN. Adios, hija mia; es usted encantadora. (La besa.)

EMILIA. Gracias; adios.

FERN. Adios, querida de mi alma, adios.

ESCENA V.

FERNANDA, ARNOLDO.

FERN. (Queda mirando á Arnoldo, y dice con gran satisfaccion.) Arnoldo, somos felices; este es pan comido.

ARN. (Desesperado cómicamente.) Ay, mamá!!...

FERN. Me vas á cantar *La vieja*?...

ARN. Sí, para cantos estoy yo...

FERN. La has hablado al alma?...

ARN. Ni don Juan Tenorio.

FERN. Y qué?...

ARN. Unas magníficas calabazas!

FERN. Siempre habrás cometido alguna inconveniencia. Una jóven tan sencilla!

ARN. Sencilla?... Más fuerte que un muro romano, y sabe más que Merlin.

FERN. Qué desatino!... Déjame á mí y no lo eches á perder. Esta boda seria nuestra felicidad. Ese viejo chocho es el hombre más rico de España; ya no puede vivir mucho; gozamos de la completa confianza del hermano de Emilia, y nos será fácil lograr nuestros deseos.

ARN. Creo que se hace usted muy lamentables ilusiones, mamá. Esa niña tiene más fibra de lo que usted se figura, y no vamos á poder con ella por los medios naturales.

FERN. Pues apelaremos á todo. Déjame hacer. Ese paseo de los tilos nos favorecerá.

ARN. Otra segunda edicion de Juanita?

FERN. Sí; pero más segura, porque ahora no veremos delante de nosotros al lobo de don Vicente.

ARN. Funesto señor!!... Aquel hombre ha cambiado nuestra suerte. Yo creo que usted no ha debido ser su enemiga.

FERN. Sólo me faltaba que te pusieras de su lado!

ARN. De ningun modo; pero como él brindaba á usted con su mano...

FERN. En buenas manos iba á dar. Un hombre tan miserable, de pensamientos tan mezquinos, que me hubiera tenido hecha una esclava, sin óperas, sin bailes, sin paseos!!... Estoy segura que me hubiera obligado á vestir como este viejo loco á la pobre Emilia, de percal!!.. Sólo de pensarlo me da un ataque nervioso. Hubiera muerto en flor, no lo dudes, en flor.

ARN. No haber encontrado el medio de encantarle!...

FERN. Encantar á un usurero! Tú deliras. El dia que se encuentre un medio de distraer siquiera á esos judíos, se hace una revolucion en el mundo.—Esos vampiros no tienen entrañas.

ARN. Qué gana tengo de vengarme de ellos! Porque mire usted que nos han martirizado.

FERN. Calla, hijo, mi vida es un martirio interminable!

ARN. Ahora podemos salir de apuros, aunque yo creo que hay moros en la costa... Ese Pedro...

FERN. No digas más. Anoche lo sospeché. No hice más que verle un momento al lado de Emilia y comprendí su intencion. Cuánto daria un diplomático por mi golpe de vista! Pero no tengamos miedo á ese rival. Es un pobre palurdo á quien enredaremos sin esfuerzo.

ARN. Lo creo. Y en logrando nuestro objeto á Madrid, no es cierto?

FERN. Pues quién lo duda? Habiamos de enterrarnos en esta soledad como los salvajes?... Nada, nada, á Madrid, á nuestro centro, á brillar en el mundo elegante, á cumplir el destino para que hemos nacido!

ARN. Qué casa tan preciosa vamos á poner!...

FERN. Seductora! (Señalando á la frente.) La tengo aquí, la esto viendo. Será una verdadera novedad, será objeto de la admiracion pública!

ARN. Y Rafael nos acompañará!

FERN. Quién lo duda?... Nos quiere de veras.

ARN. Ahí tiene usted otra víctima de don Vicente.

FERN. Pero cómo le atrapó! Esos ingleses tienen mucha habilidad.

ARN. No lo crea usted, es cuestion de práctica. Sin embargo, en esta ocasion ha sido cruel. Sale su dinero casi al doscientos por ciento!

FERN. Oh, qué horror!

ARN. Pues aún cree que le favorece. Las cuentas de esos hombres dejan en mantillas á las del Gran Capitan.

FERN. Vamos á dar un paseo y á concertar nuestro plan de batalla.

ARN. Sí, sí; vamos.

ESCENA VI.

DICHOS, ANDRÉS.

FERN. Oh, amigo Andrés!

ANDRES. Buenos dias, doña Fernanda.

FERN. Viene usted á ver al General?

ANDRES. Precisamente.

FERN. Hágale usted presente nuestros afectos. Pronto volvemos á gozar de su grata compañía.

ANDRES. Se le dirá.

FERN. (Ap. á Arnaldo.) Mucho cuidado con este salvaje.

ARN. (Á Fernanda.) Yo me encargo de él, no tenga usted miedo. (Alto.) Andrés, que no me olvide usted, que piense usted en el dato.

ANDRES. Puede que lo tenga usted ántes de que lo quiera.

FERN. Adios, Andrés, lo dicho. Nosotros vamos á dar una pequeña vuelta por este sitio delicioso. Adios, amigo mio.

ANDRES. Vayan ustedes... con Dios.

EERN. (Al salir.) Qué es eso de dato, Arnoldo?

ARN. Es una cosa que me está haciendo suma falta.

ESCENA VII.

ANDRÉS, á poco el GENERAL y EMILIA, despues PEDRO.

ANDRES. (Mirando alejarse á los anteriores.) Linda pareja!... Me parece que el dato que el *Boterillo* me pide va á aprovechar á los dos.

GEN. Andrés! Cómo tan sólo? Estás meditando algun plan de campaña?. .

ANDRES. Señor!... nunca faltan facciosos que combatir.

GEN. Bah! poco cuidado te deben dar los de ahora.

PEDRO. (Apareciendo en la puerta del foro.) Da usted su permiso?...

GEN. Oh, buen Pedro! adelante. Qué hay de nuevo?

PEDRO. Nada de particular, como no sea la alegría de los preparativos para mañana.

GEN. Mañana es el dia consagrado á la señora de esta casa. Todos tenemos que rendirla pleito homenaje, como á nuestra soberana.

EMILIA. Y que soy muy severa, y no voy á disculpar al que falte.

PEDRO. Ya procuraremos todos cumplir con nuestro deber.

GEN. (Sentándose.) Veamos, veamos tu plan para mañana, que es más pacífico que el de Andrés.

EMILIA. Pero es más complicado!

GEN. Hola!

EMILIA. Sí por cierto! Hay mil cosas á qué atender, y como ahora Andrés no me ayuda, me veo muy apurada.

GEN. El pobre Andrés anda algo preocupado.

EMILIA. Mucho, sí, que anda. Hay momentos en que le hablo y no me contesta. Qué le pasa?...

ANDRES. Ay, señorita!...

GEN. Cosas del mundo! Hablemos de tí. Veamos el programa de tus dias.

EMILIA. Usted juzgará! Lo someto á su aprobacion y espero las

enmiendas que merezca.

GEN. Veamos, veamos.

EMILIA. Lo primero y principal por la mañana, la misa consagrada á la memoria de mi madre.

GEN. Muy bien!

EMILIA. Despues, la limosna general en su nombre tambien.

GEN. Aprobado.

EMILIA. Luego el almuerzo á todos nuestros arrendatarios y trabajadores. En el almuerzo se declara el nombre de la agraciada este año para la educacion y el dote.

GEN. Y á quién le ha cabido esa suerte?...

EMILIA. Á la hija del pobre Tomás, el que era cartero por empeño de usted.

GEN. Pobre Tomás! Era bueno, sirvió en la última guerra con valor y honradez. Estaba muy acabado por sus privaciones y sus heridas.

EMILIA. No sé si será por las simpatías que ese infeliz gozaba; pero creo que la eleccion de este año complace mucho á todos, y yo estoy muy contenta de haberla hecho.

GEN. Mucho se apreciaba á aquel infeliz; pero el contento que ves alrededor tuyo es efecto de tu proceder. Tú has sembrado el bien y recoges el fruto. Nunca vaciles en el camino que has emprendido. Sigue.

EMILIA. Ya no queda más que la parte de expansion y de alegría, que es por la tarde. Habrá baile y música en los jardines. Este año, sin embargo, va á ser la fiesta inferior á los anteriores.

GEN. Por qué razon?

EMILIA. Ya ve usted, Andrés la animaba y dirigia. Con sus bailes y sus cantos era el alma de todo... y este año se niega rotundamente hasta asistir á la reunion.

GEN. Debes suponer, hija mia, que cuando un hombre de su edad y sus condiciones se niega á tomar parte en una cosa tan sencilla, es porque ha de sufrir una pena profunda, verdadera.

EMILIA. Así lo creo.

GEN. No lo dudes. Supongo que el correo no habrá venido.

PEDRO. No señor; pero no puede tardar. Hoy espero carta de mi padre, y me alegro en el alma para calmar la ansiedad de Andrés.

GEN. (Echando una mirada profunda á Andrés.) De Andrés?

ANDRES. (Muy confuso) Yo... no...

GEN. Sepamos lo que es eso.

PEDRO. Ayer nos sorprendió por el interés que demostraba en saber noticias de mi padre!

GEN. (Siempre fijo en Andrés.) Y qué es lo que dijo?... La verdad!

ANDRES. Repito que no... yo no he dicho...

EMILIA. Oh! no lo niegues! Pero tiene razon, padre mio. El afan de Andrés nos hizo caer en algun misterio respecto á su persona.

GEN. No es posible!... Un hombre de sus años!...

ANDRES. Señor!...

GEN. De su experiencia!...

ANDRES. Por Dios! Usted es mi juez...

GEN. Repito que no lo creo. No hablemos más de eso.

EMILIA. (Ap.) Qué misterio será este?...

ESCENA VIII.

DICHOS, FERNANDA y ARNOLDO.

FERN. Oh, que ya tenemos visible al señor General!

GEN. Buenos dias, señora.

FERN. Hace un buen rato que hemos venido á saludar á usted.

ARN. Hemos venido, como buenos ayudantes, á tomar la órden del dia!

GEN. No se han dado ustedes mucha prisa.

FERN. Es verdad; pero hoy tenemos disculpa. La molestia del viaje nos ha obligado á ser perezosos.

ARN. Que se nos forme consejo. Estamos dispuestos á sufrir nuestra pena.

ANDRES. Voy á esperar el correo.

ARN. (Á Andrés.) Pidió usted permiso al General?

ANDRES. Lo va usted á tener por mi cuenta y riesgo.

ARN. Bien, bien; qué me place.

FERN. Y usted, querida Emilia, está satisfecha para el dia de mañana?

EMILIA. Mucho: yo aquí lo estoy siempre!

FERN. Qué hija tiene usted, General.

GEN. Muy buena.

FERN. Es encantadora! Me veo en ella cuando yo tenia sus años, no es cierto, General?...

GEN. Oh, cuando usted tenia los años que hoy tiene m Emilia...

FERN. Qué dice usted?

GEN. Que eran ustedes de una misma edad.

FERN. Muy semejantes en gustos y en aspiraciones. No hay otra diferencia sino que á mí me gustaba viajar un poco más que á Emilia.

GEN. Sí; algo más.

ARN. Oh! los viajes! Nada tan delicioso ni tan instructivo. (Á Pedro.) Usted no ha viajado?

PEDRO. Muy poco.

ARN. Pues no tiene usted idea del verdadero placer de hombre!

PEDRO. Siento en el alma no haber alcanzado ese bien. Yo, sin embargo, me encuentro muy feliz y sin deseos de salir de estos sitios.

ARN. Qué pena me causa el oir eso en boca de un jóven!

FERN. Tiene excelente disculpa. El que no ve es como el que no siente, no es verdad, General?...

GEN. Ponen ustedes la cuestion en un terreno, que no soy de la opinion de ustedes.

FERN. No, no somos exclusivistas. Hablamos del placer de viajar.

GEN. Con efecto, que es un goce muy digno; pero hay seres, y muy apreciables por cierto, que prefieren una vida tranquila y pura en el rincon de una aldea. Y á esos no les debemos criticar con saña porque no son de nuestra opinion.

FERN. De ninguna manera!

ARN. Ciertamente que no. Dónde hay goces más legítimos que los del campo?

FERN. Es donde reina la verdadera franqueza. Por eso la vida campestre es mi bello ideal.

ARN. Yo no tendria inconveniente en encerrarme para siempre en una aldea.

GEN. Y que lo haria usted sin esfuerzo!

ARN. Ninguno! La soledad inspira los más bellos pensamientos.

FERN. Es donde se encuentra la verdadera felicidad.

GEN. De modo que venimos á ser de la opinion de Pedro?...

FERN. Que es precisamente la de usted.

GEN. Oh! yo creo que no he manifestado la mia.

ARN. Pero bien se comprende.

GEN. Entónces, somos felices; porque reunidos al acaso en este desierto, disfrutaremos de dias muy apacibles.

FERN. El trato de usted basta á rodear de satisfaccion á los que están á su lado.

ARN. Que no tienen otro deseo que la complacencia de usted.

FERN. Que satisfacer sus menores caprichos.

GEN. Alto ahí. Esos elogios excesivos no me corresponden ya. Pecan en refinada galantería.

ARN. Oh! no diga usted eso... Negará usted el poder de la simpatía?...

FERN. En nosotros es más. En nosotros hay sincero y antiguo conocimiento.

GEN. Es cierto. La cuestion de simpatía podria ser aplicada á Pedro.

ARN. Precisamente.

GEN. Aquí está en su lugar y muy justificada.

FERN. Es que hay personas, como este jóven, que llevan escrita en la frente la nobleza de su alma.

ARN. Un momento le ví anoche, un instante esta mañana, y ya parece que le he tratado un siglo.

FERN. Esta mañana se lo dije á Arnoldo: me gusta ese jóven.

Quisiera ser su amiga.

PEDRO. No merezco yo...

FERN. No sea usted tan modesto.

ARN. Eso mismo le hace más simpático.

FERN. Y más interesante.

PEDRO. Señores...

GEN. Bien, muy bien. Son ustedes una familia adorable. Hacen una excelente compañía. Elogios á mí, elogios á Emilia, elogios á Pedro! Siento en el alma que no haya aquí otra persona á quien elogiar.

ESCENA X.

DICHOS, ANDRÉS y D. VICENTE.

ANDRES. (Anunciando.) D. Vicente Palomo! (Movimiento en Fernanda y Arnoldo.)

GEN. Hombre!

ARN. (Ap.) Horror!

FERN. El diablo te confunda.

GEN. Que pase. (Andrés se retira. Sale D. Vicente, vestido con suma sencillez y de negro.)

VIC. Mi Genaral!

GEN. El bueno de don Vicente! Á qué debemos la novedad de tenerle á usted por aquí?

VIC. Voy de paso y juzgo en mí un sagrado deber el detenerme á saludarle. Esta señorita, es por ventura la hija de usted?

GEN. La misma.

VIC. Válgame Dios, quién lo hubiera dicho! La ví tan pequeña! Oh! tengo una agradable sorpresa! Señorita, reconózcame usted por el más humilde de sus servidores.

EMILIA. Muchas gracias.

VIC. Vamos, vamos, digo que me sorprende de veras. Dios se la conserve á usted, mi General.

FERN. Señor don Vicente!

VIC. (Volviéndose.) Quién?

FERN. Salude usted á los amigos.

VIC. Jesus!... Cómo... pues... es posible, amiga mia?...

FERN. No puede usted figurarse lo que nos hemos alegrado en verle.

VIC. Pues y yo? (Ap.) Como si me empluinaran. (Alto.) Y el graciosísimo Arnoldo tambien?... Vaya, vaya.

ARN. Los buenos amigos.

VIC. Justo, justo.

GEN. No parece sino que se han dado ustedes cita.

VIC. Ciertamente. Vaya, vaya. (Á Pedro.) Caballero!...

PEDRO. Servidor de usted.

VIC. Y este joven, es algun otro amigo de mi muy apreciable Fernandita?

GEN. No por cierto. Ese jóven es hijo de un convecino y honrado amigo mio. Es un excelente jóven á quien estimo en mucho.

FERN. (Ap.) Qué fortuna tienen los necios!

VIC. Oh! Entónces debe ser muy digno de mi consideracion.

PEDRO. La bondad del señor General me eleva á un aprecio que yo no merezco.

VIC. No por cierto, honrado jóven. Cuando el señor General distingue á un hombre, es porque lo merece.

GEN. Siéntense ustedes y conversemos un rato.

FERN. Aquí, á mi lado, amigo mio.

VIC. Con mil amores, Fernandita. (Ap.) Me cayó el premio gordo.

FERN. (Ap.) Si pudiera disponer de un tabardillo!

GEN. Conque usted va de paso?...

VIC. Eso es.

ARN. Es don Vicente muy cumplido, y apuesto á que viene á la solemnidad de mañana.

FERN. Y con un regalo digno de su acreditada esplendidez y galantería.

VIC. Quién lo duda?... (Ap.) Qué solemnidad será esta?

GEN. No ha menester regalos don Vicente para demostrar su aprecio á Emilia.

VIC. (Ap.) Ah!... sus dias. (Alto.) Ciertamente que he adelan

tado mi viaje por gozar aquí del dia de mañana.

ARN. Pudieramos abrir un palenque á nuestros merecimientos. Que exprese Emilia el objeto á que su simpatía se inclina, y á ver quién cumple mejor sus deseos.

VIC. Oh, qué excelente idea. (Ap.) Si te quedáras mudo!

FERN. Ved ahí el modo de animar más el dia de mañana.

EMILIA. No expondria yo á ustedes á una rivalidad en sacrificios, y que en último caso no dejará contento á nadie.

ARN. Cómo es posible?

EMILIA. Pudiera suceder. Para mí es muy fácil, segun creo, lo que me contentaria.

FERN. Pero es algun secreto, hija mia?...

EMILIA. No por cierto. Muy sencilla cosa.

FERN. Veamos cual.

ARN. Indíquela usted siquiera.

GEN. Vamos, dila. Esto no pasa de ser una broma sin consecuencias.

EMILIA. Pues yo por de veras lo he dicho.

FERN. Tanto mejor, Emilia.

GEN. Dila, pues.

EMILIA. He dicho que es cosa sencilla. Héla aquí. Será preferido por mí el dia de mañana, aquel que dé á mi papá la mayor prueba de estimacion.

TODOS. Muy bien!

GEN. Oh! buena hija!

VIC. Qué hermoso es verse así reproducido, General! Es Emilia una niña tan adorable, que por donde quiera que pase, no oirá sino elogios y bendiciones. Qué valen las riquezas comparadas á ese tesoro de bondad? Eso es lo que conmueve y arrebata á los que poseemos un corazon honrado y sentimientos generosos. Yo confieso á usted que estoy conmovido. Dios la proteja, Dios se la conserve á usted!

FERN. (Mirando á D. Vicente.) Qué excelente corazon!

ARN. (Lo mismo.) Hombre sublime!

VIC. (Ap.) Estos tunos me van á partir.

GEN. Y qué hay de nuevo por la córte?...

VIC. Todo lo mismo, mi General. Es aquel un mundo de agitacion y de intrigas, en cuyo centro no nos hallamos bien los hombres pacíficos y sin ambicion. Dichoso mil veces usted, que ha podido huir de él.

FERN. Vamos, hay pocos hombres tan buenos como nuestro excelente amigo don Vicente.

ARN. Que tan puro se conserve en medio de aquel mar proceloso, ninguno.

VIC. (Ap.) Cuando digo yo...

FERN. Y apropósito, amigo mio, cómo no ha hablado usted á Emilia de su hermano.

EMILIA. Le conoce usted?

PEDRO. Conoce usted á Rafael?...

FERN. Muchísimo, quizá sea su amigo de más confianza.

VIC. Lo mismo que usted.

FERN. Oh! no. No quiero robar á usted su mérito.

EMILIA. Es posible?... Cuánto me alegro!

FERN. Sí, sí. El señor puede dar á usted razon de la vida de Rafael. Es seguramente el *depositario* de su confianza.

ARN. Una firma de su hermano de usted es lo suficiente para conseguir del señor lo que se quiera.

FERN. Hasta sus intereses los aventura por Rafael.

EMILIA. Qué escucho! Cuánto celebro que haya usted venido por aquí!

PEDRO. Rafael es el sólo, el único amigo que yo he tenido en esta vida! No deseo más que verle y abrazarle. Si usted efectivamente le tiene en tan alta estima, disponga usted de mí como guste y atienda estas palabras como salidas del corazon.

FERN. Qué dichoso es usted, amigo mio!

VIC. (Tose.) Gracias, jóven.

EMILIA. Y hace mucho que no le ha visto usted?

VIC. No, señorita, hace poco... sí... no... ha mucho que... Vaya, vaya. Es un excelente jóven!

EMILIA. Está decidido á ser bueno, no es cierto?

PEDRO. Está contento con su carrera?...

VIC. Oh!... mucho, mucho!

GEN. (Ap.) Pobres inocentes!

ARN. He de escribir un libro en elogio de la amistad, y don Vicente ha de ser el héroe.

VIC. (Ap.) Cigarron! (Alto.) Usted ya no se emplea en cosas profanas.

ARN. Ciertamente que he adoptado la escuela que hoy tiene porvenir en mi concepto. Por de pronto, yo la creo una necesidad en el actual órden de cosas.

GEN. Usted se dedica á escribir?...

VIC. Y de un modo admirable... He visto el prospecto de un periódico religioso que parece será dirigido por esta notable inteligencia.

FERN. Y así será!

GEN. Hola!... Conque adopta usted el género grave?...

VIC. En perfecta armonía con su carácter y respetabilidad.

GEN. Honrosísima y digna por todos conceptos es la profesion de escritor. El hombre que consagra las horas de su vida á tan importante trabajo, merece el respeto, la consideracion y el amor de sus semejantes; pero al propio tiempo, se necesita para el género escogido por usted una larga carrera de estudio y grande experiencia en la discusion.

VIC. Este jóven es un *fenómeno*.

ARN. Yo me abandono á la inspiracion y brillo sin trabajo.

GEN. Privilegio es ese del genio. Afortunado el que siente en su alma tan divino aliento! Hay, sin embargo, otra cosa que tener en cuenta y que es de suma importancia para conseguir reputacion completa.

ARN. Y cuáles? ..

GEN. Las buenas costumbres del publicista. Los hombres no pueden aislarse hasta el extremo de ser invisibles. Cuanto más notable el hombre, más perseguido se ve en su vida íntima, y si allí descubre la crítica una contradiccion entre sus hábitos y sus máximas, corre mucho peligro la reputacion del escritor.

VIC. Y quién ha de descubrir cosa digna de censura en tan

aventajado jóven? Cuando sus pocos años le impulsáran á faltar á sus deberes sociales, mi señora Doña Fernanda, modelo acabado de probidad, refrenaria los malos pensamientos del distinguido escritor.

FERN. Y así seria ciertamente, mi estimado amigo.

GEN. Obligacion sagrada de toda madre.

VIC. Pero que no puede imaginarse en el caso presente.

ARN. Y quién está libre de enemigos?... Nadie, al lado del genio vela la envidia.

VIC. Pícara fatalidad!

PEDRO. Desgraciada pasion debe de ser esa!

EMILIA. Posible es que haya quien la abrigue?...

GEN. Que si es posible?... Pues si esa es la pasion dominante de nuestros dias!

VIC. (Mirando á Fernanda) Cuán cierto es!

EMILIA. No quisiera conocer á un envidioso!

GEN. Difícil es que te libres de ellos. Son como esas orugas que se pegan á la flor, confundiéndose con su brillo, y no sosiegan hasta agotar la miel del cáliz. El envidioso adopta todas las formas, se reviste de todos los sentimientos; finge todas las cualidades que adornan al objeto de su saña, para ganarse así su aprecio y descargar á mansalva los ponzoñosos tiros en el noble seno de su víctima.

EMILIA. Qué horror!

GEN. Horror deben inspirar esos séres desgraciados que desdeñan el trabajo, fuente de todo bien, y buscan el descrédito y hasta la deshonra del que se ha elevado por medios dignos y respetables. Esa es la envidia, esa es la pasion que más degrada y envilece á la humanidad!

PEDRO. Quién no prefiere morir ántes que dar abrigo á ese sentimiento?

VIC. Cierto, noble jóven, cierto. No es usted de mi opinion, querida Fernandita?...

FERN. Y cómo no serlo?

VIC. No sabe usted lo que me complace en oirla. El General

ha puesto el dedo en la llaga.

FERN. El talento del General sabe herir las cuestiones en su verdadero sentido; pero yo apelo ahora á su juicio para que nos diga si no hay otra cosa en nuestra sociedad que sobrepuja á la envidia en odiosidad y repugnancia.

GEN. Y qué es ello?...

VIC. Difícil será.

FERN. No es si no muy cierto.

VIC. Cosa más fea que la envidia?...

FERN. Como que la halaga, y la alienta, y la sostiene.

GEN. Cuál es?...

FERN. La usura.

GEN. Verdad. No es que se me haya olvidado ó que no la rechace, no. Sin ese oficio repugnante, muchos infelices se curarian de aquella pasion, porque se verian en la imposibilidad de satisfacerla.

FERN. Es verdaderamente inmoral, no es cierto?

GEN. Es contraria á las leyes de la humanidad, y es atentatoria á los preceptos de Dios. Imposible que el corazon del usurero se mueva al calor de la amistad, ni del amor, ni aun de su propia familia! El usurero no reza; se cree eterno, y pasa sus negros dias amontonando los despojos de sus víctimas; y al fin, acaba solo, sin consuelo, sin que se vierta una sóla lágrima sobre su abominada tumba. La envidia miserable, á quien él persiguió en vida, se encarga de celebrar su defuncion!

EMILIA. Oh! que tan funestas pasiones no penetren en nuestro asilo!

FERN. Dice usted bien, adorable Emilia. No es usted de mi opinion, mi querido don Vicente?...

VIC. Yo?... sí... por qué no?...

FERN. No sabe usted lo que me complace el oirle. El General ha puesto el dedo en la llaga.

VIC. (Ap.) No te saliera una en la lengua!

ESCENA X.

DICHOS, ANDRÉS, con cartas.

ANDRES. Señor, el correo.
GEN. Trae.
ARN. Ha venido ya?...
ANDRES. Ya ha venido; sí, señor.
FERN. Vé á ver si tenemos la que esperamos.
ARN. En seguida. Con el permiso de ustedes.

ESCENA XI.

TODOS, ménos ARNOLDO.

GEN. (Que ha estado mirando las cartas.) Esta es. Señores, dispénsenme; voy á ver esta carta.
FERN. Usted siempre hace bien, General.
PEDRO. (Ap.) Si será la carta de mi padre?
VIC. La buena de Fernandita!
FERN. Qué dichosa casualidad la que nos ha reunido!
VIC. No ceso de alabarla.
EMILIA. (Que nota en su padre una extraña agitacion.) Qué es eso, padre mio?...
GEN. Ira de Dios!... Calla, calla, disimula. Sí, si esto dice: (Leyendo.) «Rafael no ha intentado siquiera incorporar»se á su regimiento, y todo el mundo ignora su para»dero!...»
EMILIA. Dios mio!!...
PEDRO. Qué es?...
FERN. y VIC. Qué sucede?...
GEN. Nada, nada; tranquilícense ustedes. Emilia ha creido leer lo que no existe; nada.
FERN. (Á Vicente.) Aquí hay gato encerrado. (Se oye la voz de Arnoldo, que dice: No te engaño, ven.) Qué es eso?... Con quién habla mi hijo?...
ARN. (Dentro.) Te digo que está sola mi mamá, ven Mamá, mamá!

FERN. (Levantándose.) Me pone en cuidado.

ESCENA XII.

El GENERAL, EMILIA, DOÑA FERNANDA, PEDRO, D. VICENTE y ANDRÉS.
Sale primero ARNOLDO y le sigue RAFAEL.

ARN. Aquí la tienes. Entra y la verás. Aquí tienen ustedes á Rafael! (Entra Rafael.)

TODOS. Rafael!!...

RAFAEL. (Al ver á su padre, queda anonadado.) Suerte funesta!...

EMILIA. Rafael!!...

GEN. (Ap. y llevándose la mano al corazon.) Oh!!! Calma, calma!!... Dios me proteja!!... (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. VICENTE y ARNOLDO.

VIC. El bueno de mi querido Arnoldo! Vaya, vaya, nunca hubiera creido tener la dicha de hallarle.

ARN. Yo, crea usted, que la celebro en el alma, si ha de ser para bien.

VIC. Pues para qué cosa que no sea santa y buena podemos nosotros asociarnos?...

ARN. Usted es un hombre muy listo, don Vicente!

VIC. Válgame Dios!... pobre de mí!... Por más que uno se esfuerce en proceder con sinceridad, hay hombres, como usted, rebeldes á la razon. Eso no sienta bien en un jóven de tan relevantes cualidades.

ARN. Este talento mio, me avisa precisamente de los escollo de que debo guardarme.

VIC. Y será usted capaz de considerarme á mí como un peligro para usted?...

ARN. Yo le diré á usted... hasta cierto punto...

VIC. No me haga usted, por Dios, tan grave ofensa. Yo le quiero á usted de todo corazon y estoy dispuesto á demostrárselo.

ARN. Yo tengo de usted un resentimiento muy grande.

VIC. No puedo creerlo.

ARN. Pues créalo usted, grandísimo. De esos que dejan un recuerdo indeleble!...

VIC. Vaya, vaya. Hablemos con calma. Usted está ofuscado.

ARN. Lo que estoy es desesperado desde entónces.

VIC. Pero si no puede ser!!...

ARN. Le digo á usted que mi resentimiento es de los que piden venganza!

VIC. Pues tiene que ser injusto.

ARN. Qué flaco de memoria es usted, don Vicente!

VIC. Alúmbreme usted, por favor. Me tiene usted con ansiedad y afectado.

ARN. Qué me cuenta usted?

VIC. La verdad. Crea usted una vez en mis palabras.

ARN. Pero es posible que usted no se acuerde de una cosa tan grave, tan trascendental?...

VIC. Yo?...

ARN. Vamos, será preciso regalar á usted el oido.

VIC. Por los clavos de Cristo!

ARN. Quiere usted que yo le proporcione el placer de recrearse en su obra?... Que yo me humille delante de mi cruel verdugo?...

VIC. Arnoldito!... no siga usted, por Dios. Esas bromas no se le dan á un amigo.

ARN. Já, já! pues ya veo que voy á tener que pedirle á usted perdon!

VIC. Mire usted, estoy sudando, debo tener calentura. Dígame usted lo que es eso, indíquemelo siquiera...

ARN. Conque el lance de Juanita...

VIC. (Santiguándose.) Jesus, Jesus!... Ya decia yo que usted estaba equivocado!!...

ARN. Equivocado? ..

VIC. Precisamente! Ignorante de la ocurrencia, de la causa de aquel tan funesto cuanto para mí lastimosísimo caso! Pues esa es la prueba de mi entrañable cariño hácia usted.

ARN. Pues buen cariño nos dé Dios!

VIC. Sí, muy grande. Quién está libre de una pasion?... Usted, que es tan notable escritor, que tan bien conoce el corazon humano, no penetró en el misterio de mi conducta?...

ARN. Buen disgusto nos proporcionó usted.

VIC. Pues si ese ha sido el mayor de mi vida! Jesus! Jesus! Qué no daria yo por borrar aquel acto insensato que cometí con mis mejores, con mis más queridos amigos?...

ARN. Nos quitó usted la suerte de las manos.

VIC. No me lo recuerde usted más!... Si usted supiera cuál ha sido mi remordimiento!

ARN. Ni un céntimo de ventaja nos ha traido. . .

VIC. Válgame el cielo!...

ARN. Pero ahora no podrá usted hacer lo mismo!

VIC. (Ap.) Hola! (Alto.) No me guarda usted rencor, Arnoldito.

ARN. Tal vez nuestra suerte se cambie pronto y no será usted más nuestro tirano!

VIC. Pues si yo no deseo otra cosa que la prosperidad de ustedes.

ARN. Eres turco...

VIC. Se lo juro á usted por la persona que más quiera.

ARN. Esa persona no sabrá usted quién es!...

VIC. (Despues de contemplarle.) Qué feliz es usted!...

ARN. Ah! ya quiere usted que le descubra mi secreto?...

VIC. Qué feliz es usted! Y lo merece, y me alegro, y lo aplaudo.

ARN. Don Vicente!. . don Vicente!... Que es usted un solemne camastron!

VIC. No es posible eleccion más acertada!

ARN. Qué dice usted?...

VIC. Pero la merece usted.

ARN. Está usted loco? ..

VIC. Y sabe algo el General?...

ARN. Cómo?... qué?... pero...

VIC. Digo que si tiene noticia...

ARN. Pero usted es brujo?... cómo sabe...

VIC. El amor no puede estar oculto.

ARN. Esto es grande!

VIC. Quiere usted que le ayude?...

ARN. Cómo?...

VIC. Que si quiere usted que la ayude.

ARN. Á qué?... Á bien morir?...

VIC. Vamos, sea usted razonable.

ARN. Esto desespera, esto clama al cielo!...

VIC. Pero no quiere usted que ahora le demuestre mi aprecio?...

ARN. Oiga usted, don Vicente .. cuándo se va usted?...

VIC. Qué?...

ARN. Sí, que cuándo se va usted de esta casa.

VIC. Mañana mismo.

ARN. Cierto?

VIC. Y si pudiera lo haria hoy.

ARN. Ojalá lo hubiera usted hecho ya! Y en el poco tiempo que va usted á estar aquí, me da su palabra de honor de guardar este secreto?...

VIC. Con alma y vida!... vaya, vaya!...

ARN. Pero para todo el mundo.

VIC. Para todos.

ARN. Palabra de caballero?...

VIC. Palabra mia! Y en cambio de este favor, no me concederá usted otro?

ARN. Veamos cuál.

VIC. Darme la mano de amigo y pelillos á la mar.

ARN. Si usted cumple...

VIC. Hombre, por Dios!... Sea usted razonable conmigo.

ARN. (Le da la mano.) Ahí va.

VIC. (Ap.) Pobrete!... (Alto.) No sabe usted lo que me consuela esta reconciliacion, estoy afectado!

ARN. Tranquilícese usted y no vaya á llorar. (Ap.) Qué feo se pondria!

VIC. Le quiero á usted como á un hijo.—Usted es muy

bueno, y Dios le dará una suerte brillante, digna de usted.

ARN. Amen.

VIC. Y así se la deseo. (Ap.) Oh! suave Fernandita!... (Viéndola entrar.) Ella!... tarde *piace*!

ESCENA II.

DOÑA FERNANDA, D. VICENTE, ARNOLDO.

FERN. Hola! Conferencias tenemos?

ARN. Escribió usted la carta?

FERN. Y está ya en el correo.

VIC. Mi estimada Fernandita, estoy sumamente contento.

FERN. De fijo es por una cosa laudable.

VIC. La mejor que yo pudiera desear. Acabo de firmar alianza estrecha con Arnoldo.

FERN. (Ap.) Malo!... (Alto.) No comprendo.

VIC. Que somos ya sinceros amigos.

ARN. Y ¡ay! del que falte á su juramento!

VIC. El cielo se encarga de castigar á los perjuros.

FERN. Me asustan ustedes! Qué pacto dramático es ese?... Se han metido ustedes á conspiradores?...

ARN. Nada de eso, mamá. La cuestion es muy sencilla. Don Vicente me ha asegurado que es y quiere seguir siendo nuestro amigo. Yo le he repetido lo mismo, siempre que cumpla con la debida lealtad. Nos hemos dado la mano en prueba de mútuo asentimiento y hé aquí todo el caso.

FERN. Vamos, eso no merece la pena de tanta conversacion. Has dudado tú por ventura del cariño que el señor don Vicente nos profesa?

VIC. Injusto seria si tal hiciera.

FERN. Oh! no obtendria mi perdon! Calumniar de tal modo al mejor de los hombres!...

VIC. Usted me conoce, Fernandita!

FERN. Desengáñese usted, Vicente. Nosotros nos comprendemos. No hablemos más de este asunto. ¿Han logrado

ustedes hablar con Rafael?...

VIC. De ningun modo.

ARN. Imposible de toda imposibilidad! El General lo tiene preso é incomunicado.

VIC. Pues yo creo que no le ha tratado con dureza.

FERN. Oh! es muy difícil que el General se descomponga delante de gente!

ARN. Es muy severo!

VIC. Yo no he advertido ni asomo de rigor.

ARN. No vió usted el recibimiento frio, glacial, que le dispensó?...

VIC. Eso sí.

ARN. No vió usted que ántes que hablára Rafael le dijo el General que fuera á descansar una hora?...

VIC. Bien; pero...

ARN. Es decir, que me le ha incomunicado por una hora, y despues pasará á tomarle declaracion.

VIC. Hé ahí lo que yo no comprendia.

FERN. Qué cándido es usted, Vicente!

VIC. Pero, Fernandita, cómo quiere usted que yo esté al alcance de esos misterios?... Pobre de mí!...

FERN. (Ap.) De qué buena gana le estrangulaba!... (Alto.) Y á Emilia, no la han visto ustedes tampoco?...

VIC. (Mirando á Arnoldo.) No hemos tenido esa felicidad.

ARN. Ciertamente que no.

FERN. Pues lo siento; porque el dia está magnífico, y quisiera gozar de las delicias del campo. Deseo que me lleve, segun me ha prometido, á admirar ese famoso paseo de los tilos.

VIC. (Casi imperceptiblemente.) Já, já. (Fernanda percibe la risa y le echa una profunda mirada.) Dicen que es una gran cosa!

FERN. (Ap.) Cuando digo que malo!!...

ARN. Dicen que es un sitio encantador! Muy apropósito para inspirar una pasion poética.

FERN. (Ap.) Ah, majadero!

VIC. (Ap.) La cogió! (Alto.) Tengo el disgusto de dejar á ustedes.

ARN. Y de veras se marcha usted mañana?...

VIC. Hoy mismo si me es posible.

FERN. Qué nos dice usted!

VIC. Amiga mia, comprendo su sentimiento, pero cómo ha de ser! El hombre propone y Dios dispone.

FERN Y vuelve usted á Madrid?...

VIC. No; por ahora voy más lejos.

ARN. El hombre rico viaja, triunfa, goza!

VIC. Eso, eso.

ARN. Que no olvide usted nuestro pacto.

VIC. Descanse usted en mi fidelidad. Adios, siento dejar la compañía de ustedes. Es tan amable!

FERN. Un esfuerzo!

VIC. Asegúrelo usted... Adios. (Echa á andar lentamente, llega á la puerta del foro, saluda con mucha afectuosidad y maliciosa sonrisa y desaparece.)

ESCENA III.

DOÑA FERNANDA, ARNOLDO.

FERN. (Queda un rato contamplando á Arnoldo, y exclama.) Apuesto á que has cometido un desatino!

ARN. Me gusta la salida!

FERN. Lo apuesto en la seguridad de ganar.

ARN. Veamos en qué se funda usted.

FERN. Ese solapado de don Vicente te ha sonsacado algo.

ARN. Pobre señor!...

FERN. Á quien hay que compadecer es á tí.

ARN. Pero, mamá, cuándo va usted á borrar esa injusta prevencion hácia un hombre tan inofensivo?...

FERN. Ay, ay, ay! Fijos son los toros! No me queda más que oir. Te ha seducido, te ha fascinado!... Conque don Vicente, inofensivo?... Hé aquí la catástrofe que yo me temia. Tiemblo de oirte.

ARN. Pues yo no puedo participar de los temores de usted. Tengo más confianza en mis fuerzas.

FERN. Y en los recursos de tu ingenio.

ARN. Un publicista como yo no se deja sorprender tan fácilmente.

FERN. Cá! si es mucha tu habilidad! Vamos, vamos á ver si mis temores son fundados. Qué le has dicho de nuestros proyectos?

ARN. Ni una palabra.

FERN. Es de veras?

ARN. Ni una palabra. Él sí que no sé cómo ni por dónde, los ha adivinado.

FERN. No lo dije!

ARN. Y me ha ofrecido su apoyo.

FERN. Horror!!... Ya tenemos la nube encima; pero ese hombre va á ser nuestra pesadilla?

ARN. Yo no comprendo lo que usted teme.

FERN. Un naufragio!... La segunda edicion!

ARN. No sabe usted las satisfacciones que me ha dado.

FERN. Y tú las has recibido?

ARN. Claro!

FERN. Mira, no me exaltes, no me precipites.

ARN. Pues mi conciencia está tranquila.

FERN. Qué sabes tú lo que es conciencia?... Te he dicho mil veces que no te separes de mí; que todo me lo consultes; que no des un sólo paso sin mi aprobacion. No estás viendo que todo lo que procede de tí es desastroso é insensato?... Yo soy tu inspiracion!

ARN. Oh! Si álguien lo oyera! Yo que extiendo mi fama por toda Europa!

FERN. Pues así son todos tus amigos! Es un círculo delicioso! Si hubiéramos de esperar la felicidad de ellos, ya podiamos contarnos en el número de los difuntos! Al que no le falta viveza, es un zote; el que sabe algo, no tiene entendimiento; todos sois cortados por un mismo patron, todos teneis la mollera vacía.

ARN. Si fuera usted otra, abria ahora mismo una discusion ilustrada.

FERN. Déjate de discusiones y vamos á parar el golpe que se nos viene encima. Oh! yo trabajaré, yo inventaré! El

caso es ganar por la mano al zorro de don Vicente.

ARN. Pues vamos con él.

FERN. Pero con alma! Aprende de los tuyos. Les falta saber; pero les sobra perfidia. No respiran, no sosiegan hasta destruir al contrario. Todos los medios son buenos; todos aceptables para conseguir el fin. La venganza es su objeto, y no descansan hasta satisfacer tan justa pasion. Vamos ahora contra ese zorro; pero con alma.

ARN. Hasta que le sacrifiquemos.

FERN. Eso, eso. Qué sacrificio tan hermoso! Si hubiera Inquisicion!

ARN. Le delatábamos por usurero.

FERN. Hariamos con él un auto de fe.

ARN. Qué hermosa se pone usted cuando la ira la inflama!

FERN. Aprende de mí!

ARN. Oh! sí!

FERN. Sigue mis pasos, sacude esa desidia, excita tu sistema nervioso y persigue y aniquila á tus contrarios!

ARN. Oh, sí, sí, lo haré!

FERN. Así podrás ser algo en el mundo.

ARN. Ah! qué bello ideal!

FERN. Así son los tuyos!

ESCENA IV.

DICHOS, el GENERAL y EMILIA.

GEN. (Al ver á Doña Fernanda y Arnoldo, hace un movimiento de impaciencia.) Esta gente aquí!

FERN. Saludamos á usted, General.

GEN. Gracias. Anda, Emilia, prepárame papel para escribir.

EMILIA. Ahora?...

GEN. Sí, sí. Anda, vé á mi habitacion.

FERN. Nos abandona usted, querida Emilia?...

EMILIA. Soy con ustedes. (Se va.)

FERN. Mucho siento la ausencia de Emilia, de esa criatura encantadora; pero queda usted, General, que vale por todos.

ARN. Su noble presencia lo llena todo. (El General los mira en silencio y se pone á pasear.)

FERN. Supongo que habrá usted visto á nuestro amigo don Vicente. (El General se encoge de hombros. Ap.) No le ha visto.

ARN. Nosotros sólo deseamos ver á Rafael.

FERN. Oh! sí. Le queremos con el alma y no permitiremos que cause á usted el menor disgusto. (El General vuelve á quedarse parado mirándolos.)

ARN. Es un modelo de amigos!

FERN. Y lo será de hijos!

ARN. No hay que dudarlo. (El General vuelve á pasearse y Arnoldo dice á Fernanda.) Este señor se ha vuelto mudo.

FERN. Está preocupado. (Alto.) Pero cálmese usted, General. Yo soy muy desautorizada para dar un consejo á usted. Sin embargo, me atrevo á asegurarle que todo parará en bien y satisfaccion de usted.

ARN. Eso mismo aseguro yo.

GEN. Pero ustedes no salen hoy á dar un paseo?...

ARN. Como usted quiera.

FERN. Estamos á sus órdenes. Quiere usted que tengamos el honor de acompañarle?...

ARN. Vamos á donde usted disponga.

GEN. No, no, si hablo de ustedes, sólo de ustedes.

ARN. (Ap.) Á que nos va á echar?...

FERN. Esperábamos á Emilia para que nos sirviera de guia. Si á usted le parece, vendrá con nosotros.

GEN. No puede ser!

FERN. Bien, bien. Nada de interrumpir el órden y costumbre de las casas. No hay nada para mí más respetable que el hogar doméstico!

GEN. Lo creo. (Ap.) Y no se irán!

FERN. No seria yo digna si no del aprecio de usted. Pero siéntese usted y descanse.

GEN. Gracias. (Ap.) Qué tiranía de sociedad! No poder uno hacer lo que quiera ni en su propia casa!

ARN. (Ap. á Fernanda.) Mamá, esta situacion va á concluir co-

mo las funciones de pólvora.

FERN. Calla, imbécil!

ARN. No espere usted el trueno gordo!

ESCENA V.

DICHOS, D. VICENTE, PEDRO y ANDRÉS.

VIC. (Entrando.) Señor General!

GEN. (Ap.) Otro?... Creo que se me acaba la paciencia.

VIC. Hace un buen rato que no hemos gozado de su presencia!

GEN. Busque usted otros goces más agradables, don Vicente.

VIC. (Desconcertado.) Mas?... yo no...

FERN. Já, já, el bueno de don Vicente!

VIC. (Ap.) Esta arpía se ha adelantado.

GEN. Qué es eso, Pedro?... qué buscas, quieres algo de mí?...

PEDRO. No señor. Me he encontrado á don Vicente, que me ha rogado le acompañase aquí...

GEN. Bien, bien. Acompáñale por los jardines, por los paseos, por ahí fuera... por ahí fuera...

VIC. (Ap.) Me ha perdido!

FERN. (Mirando á D. Vicente.) Já, já. Á propósito de guias. Yo debo obtener la preferencia. Yo no sé estos sitios, y reclamo la compañía de este jóven, si el General y el interesado no tienen inconveniente.

GEN. Yo tengo mucho gusto.

PEDRO. Y qué inconveniente he de tener?... Me veré muy honrado.

FERN. Mil gracias, jóven. (Ap.) Este me servirá bien. (Alto.) Pues nos alejamos. Adios, General.

ARN. Adios.

GEN. Que ustedes se diviertan mucho!

FERN. Gracias. Adios, estimado don Vicente. Usted no querrá ser de la expedicion?...

VIC. Iré despues. (Ap.) Si no volvieras!...

FERN. Já, já, pues le esperamos á usted con impaciencia. Vamos, amigo mio?...

PEDRO. Adios, mi General.
GEN. Adios, Pedro.
PEDRO. Estoy á la órden de usted, señora.
FERN. Vamos á admirar este paisaje.
ARN. (Á Andrés, al salir.) Ha adelantado usted algo de aquello?
ANDRES. Ya está al caer.
ARN. Bien, bien.

ESCENA VI.

EL GENERAL, D. VICENTE y ANDRÉS.

GEN. Gracias á Dios!
VIC. (Muy humilde.) Pues yo, mi General...
GEN. Vamos! No hay calma!...
VIC. Desearia un momento de conversacion con usted.
GEN. Sí, sí; pero ahora estoy muy ocupado.
VIC. Yo esperaré.
GEN. Sí.
VIC. Volveré luego, si usted gusta.
GEN. Eso, eso.
VIC. Porque ya comprenderá usted...
GEN. Comprendo todo lo que usted quiera, y me retiro á mi despacho ántes que hacer comprender á los demas.
VIC. Pues luego...
GEN. Sí, sí, adios! (Yéndose.) No hay otro medio. Me voy... ó pierdo mi serenidad!...

ESCENA VII.

D. VICENTE, ANDRÉS.

VIC. (Viendo alejarse al General.) Oh! aquella víbora ha derramado ya su veneno!... pero, yo me vengaré!
ANDRES. Mucho siento, don Vicente, que no haya usted podido hablar al General.
VIC. Luego será.
ANDRES. Cierto. Ahora tiene disculpa. Ya ve usted el disgusto

con su hijo...

VIC. Disgusto legítimo.

ANDRES. Esos son los que llegan al alma, los que abaten á un hombre. Usted no tiene hijos?...

VIC. No me ha concedido Dios esa dicha.

ANDRES. Pues entónces no sabe usted lo que sufre un verdadero padre!

VIC. Oh! sí, sí, lo comprendo y lo deploro en el caso presente, porque el General no merece esa pena.

ANDRES. El General es el hombre más honrado del mundo.

VIC. Y qué rectitud y qué juicio, y qué sentimientos tan nobles y tan religiosos!...

ANDRES. El que no le quiere está dejado de la mano de Dios!

VIC. Verdad que sí. Todos los que le rodean deben velar por él con alma y vida! Usted le quiere con extremo?...

ANDRES. Yo adoro en él.

VIC. Bien, bien! Eso prueba el buen corazon de usted. Por eso usted debe estar siempre alerta para prevenir cualquier golpe funesto.

ANDRES. Qué quiere usted decir?...

VIC. Digo que usted es hombre de sano juicio y á quien se le pueden hacer las más graves confianzas.

ANDRES. No entiendo lo que usted dice.

VIC. Que á usted, y á nadie más que á usted se le debe advertir del peligro que pueda correr alguna vez la honra del General.

ANDRES. Don Vicente, esas son palabras mayores!

VIC. Calma, calma!

ANDRES. Siga usted y acabe pronto; porque me dan sudores de oir á usted.

VIC. No es nada, nada en rigor. El árbol recien nacido, si sale torcido, se endereza y da sus hermosos frutos. Es cuestion de prevenir y nada más.

ANDRES. Siga usted.

VIC. No queria más si no referir á usted una pequeñilla aventura de que fuí testigo, y usted aplica el cuento y todo queda concluido.

ANDRES. Vamos, si es cuestion de cuento...

VIC. Pues eso es... cosa sencilla. Era en Madrid. Conocí una señora, modelo de virtud, riquísima, y que tenia una hija encantadora, parecida á Emilia como una gota á otra gota. Aquella familia y la del General han sido las dos familias más honradas que yo he conocido.

ANDRES. Y bien?...

VIC. Como aquella señora era tan rica y no tenia más que una hija, dejo á la consideracion de usted el calcular los galanes que irian en su persecucion!

ANDRES. Claro! Al olor del dinero!...

VIC. Como las moscas á la miel!

ANDRES. Bien, y qué?...

VIC. Poca cosa! Ellas eran muy buenas y no se dejaban llevar de la seduccion; pero entre los pretendientes á la mano de la niña, apareció uno con grandes esperanzas, que viéndo e burlado como los demas, imaginó, ó más bien imaginó la madre que le guiaba, un medio tenebroso para lograr su objeto.

ANDRES. La madre dice usted?

VIC. Justo. La madre del novio presunto.

ANDRES. Pues buena madre seria esa.

VIC. Mujer muy viva! muy ingeniosa! de mucha trastienda! Yo, á pesar de todo, confieso á usted que me es muy simpática por su travesura.

ANDRES. Pues no creo yo que merezca mucho aprecio!

VIC. Hasta cierto punto, por supuesto, no crea usted.

ANDRES. Y lograron su objeto esas honradas personas?...

VIC. Lo hubieran logrado, si la Providencia no me hubiera colocado en su camino para evitar una iniquidad!

ANDRES. Á usted?...

VIC. Precisamente.

ANDRES. Ya me interesa la aventura.

VIC. Ellos concertaron llevar á la pobre Juanita, así se llamaba la hija, á un bosquecillo de su mismo jardin, en ocasion en que estuviera en casa toda la tertulia. La buena de la madre del seductor, lo hubiera logrado,

porque es muy lista, créalo usted; hubiéra ántes prevenido á los rivales de su hijo, y cuando la pobre niña conversára en el jardin con el galan, que no me meto en averiguar hasta qué punto la respetaria, ella acudiria á todos, por medio del escándalo, para que presenciaran el paseo solitario, y sabria manejar la cosa de forma y manera que la honra de la jóven saliera terriblemente lastimada.

ANDRES. Vaya un proceder!...

VIC. Inícuo! Usted conoce la sociedad y comprende cuán fácilmente decae una persona en la estimacion pública.

ANDRES. Y si es una mujer...

VIC. Más fácilmente! Y digo, con la habilidad de la madre? en cuestion, y con apariencia tan elocuente! Afortunadamente estaba yo allí, sorprendí el secreto, avisé, quité la máscara, y se volvió el puñal contra la mano que lo empuñaba.

ANDRES. Muy bien hecho! (Pausa.)

VIC. Réstame decir á usted que el seductor famoso era el señorito Arnoldo.

ANDRES. Qué?...

VIC. Y por consiguiente, la autora de la intriga, su señora madre, doña Fernanda!

ANDRES. Qué me cuenta usted!

VIC. La verdad.

ANDRES. Válgame la Vírgen santa.

VIC. Y queda, por último, que decir á usted, que el General tiene una hija muy buena, muy sencilla y muy honrada. La señorita Emilia.

ANDRES. Qué?... qué?...

VIC. Que ya conoce usted á la gente. Que son capaces de todo, y que he sorprendido otra vez que quieren llevar á la niña Emilia á dar un paseo solitario ..

ANDRES. (Muy desencajado.) Pero... eso...

VIC. Sí, sí; lo que le digo á usted. Pretenden llevarla al paseo de los tilos.

ANDRES. (Estallando, amenazando á D. Vicente, y con voz de trueno.)

Don Vicente!!...

VIC. (Da un salto hácia atrás, y exclama asustado.) Hombre!...

ANDRES. (Despues de una breve pausa, en que no puede hablar por la emocion y balbuciente.) Mire usted, yo no sé... no sé cómo no le pulverizo!...

VIC. Pero usted no entiende... no se entera...

ANDRES. Qué?...

VIC. Á mí?... Á quien da un paso tan decente y salva al General de la deshonra?...

ANDRES. (Lo coge por el brazo y lo baja al proscenio.) Diga usted, jure usted por su honor que lo que me ha dicho es cierto!

VIC. Se lo juro á usted por la memoria de su madre.

ANDRES. Ay de usted!

VIC. Es más fijo que la luz del sol!

ANDRES. (Llevándose las manos á la cabeza.) Jesus! Vamos, esto es inconcebible!... Y esos tunos se atreven á comer el pan de esta casa?... Y es ese el agradecimiento que guardan al General, á quien debian hablar de rodillas?

VIC. Sí?...

ANDRES. Los ha librado de la deshonra, del presidio!

VIC. Válgame el cielo!

ANDRES. Vamos, vamos, digo que esto es inconcebible! Ya no me acuerdo de mis penas, ni me importan! Ya no tengo corazon más que para sentir por mi bienhechor, por mi providencia.

VIC. Ahora necesita usted más calma que nunca.

ANDRES. Calma yo?...

VIC. Mucha, extraordinaria.

ANDRES. No me hable usted á mí de calma.

VIC. Es preciso.

ANDRES. No me hable usted de eso!... No ve usted que no puedo contenerme?...

VIC. Un esfuerzo!

ANDRES. Para qué?... Para traerlos amarrados á la presencia del General?... No, no! No deben venir!... Debo yo ántes hacer con ellos una que sea nombrada!... Debo yo... qué sé yo lo que debo hacer... pero todo ménos estar-

me quieto.

VIC. El menor paso indiscreto puede publicar lo que no es, ni llegará á serlo. Calma y mala intencion! Yo me retiro.

ANDRES. Por última vez, don Vicente: eso es cierto?

VIC. Por última vez se lo juro á usted por mi honor.

ANDRES. Bien, bien. Yo hablaré al General.

VIC. Eso; pero muy á solas.

ANDRES. Sí.

VIC. Adios, calma y sigilo.

ANDRES. Sí.

VIC. Adios. (Andrés se pasea agitado. D Vicente dice al salir.) Mi muy querida Fernandita!!... Voy á ponerme á su disposicion. (Váse.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS, á poco el GENERAL y EMILIA.

ANDRES. Qué hago, Dios mio! qué hago?... Se lo digo?.. Tomo yo solo la venganza?... Qué puedo hacer?... no sé...

EMILIA. (Despues de mirar la escena.) Ya no están aquí.

GEN. Gracias á Dios! Andrés.

ANDRES. Señor!

GEN. Vete á la sala inmediata. Esos señores tienen cada uno su habitacion. Tienen la casa, el campo donde estar. No permitas entrar á nadie. Dile á todo el mundo que no recibo hasta que avise.

EMILIA. Padre mio! voy por él?

GEN. Sí.

EMILIA. Pero será usted muy indulgente, no es cierto?...

GEN. Ya te digo que debo enterarme de su conducta.

EMILIA. Pero si él viene arrepentido!

GEN. Eso...

EMILIA. Sí, sí. Se lo he conocido en la cara! No lo dude usted. Verá usted como le pide perdon y usted se lo concederá por mí, no es verdad?... Por mí, que tanto le quiero á usted, por mí, que he estado queriendo á usted por

los dos durante su ausencia.

GEN. Pobre hija de mi alma!... Eres un ángel!

EMILIA. Porque obedezco á usted en todo y le quiero sobre todas las cosas.

GEN. Oh!...

EMILIA. Conque le perdonará usted?... Yo no puedo quererle á usted más; pero le juro que seguiré siempre como hasta aquí.

GEN. Bien, bien.

EMILIA. (Abrazándole.) Qué bueno es usted! Voy por él! Ya verá usted cómo se enmienda. Yo lo garantizo. Voy muy contenta. Al momento estamos aquí. (Váse corriendo puerta izquierda.)

GEN. (Viéndola marchar.) Dulce consuelo de mi vejez!!... bendita seas!!... (Andrés, que lo ha oido todo, llora.)

ESCENA IX.

El GENERAL y ANDRÉS.

GEN. Cómo es eso, Andrés!... Todavía aquí?...

ANDRES. Sí, señor.

GEN. Sin duda no has oido lo que te he dicho.

ADDRES. Sí, sí, señor; he oido... voy... pero...

GEN. Qué tienes?... Estás conmovido!

ANDRES. Ay, señor!

GEN. Qué te sucede?...

ANDRES. Ojalá me sucediera todo lo malo del mundo!

GEN. Vamos, calma tus penas. No me ves á mí sufrir tambien?

ANDRES. Esa es mi desesperacion! Que importan mis padecimientos! Qué soy yo en el mundo, ni qué significo para usted! Oh! amo mio, perdóneme usted por Dios, si soy yo el encargado de atormentarle!

GEN. Andrés!... Habla.

ANDRES. Sí, sí, debo hacerlo; lo haré, sí... ¡pero... si no puedo!

GEN. Vamos, cálmate. De qué valen los años?... Cálmate y habla.

ANDRES. Señor... ésos huéspedes...

GEN. Y bien?

ANDRES. Esos huéspedes... que tanta gratitud deben á usted, que deben besar la tierra que usted pisa, son unos condenados del infierno que vienen á llenar de luto el corazon de usted.

GEN. Por qué?... vamos, por qué?...

ANDRES. Infames!... Afilar el puñal asesino en las sombras de la noche!...

GEN. Ya se agota mi paciencia.

ANDRES. Proyectar la deshonra de un ángel!

GEN. Qué pronuncias, infeliz?

ANDRES. Un ángel, sí, señor. Quién es capaz de dudar que es un ángel del cielo la señorita Emilia?...

GEN. (Con voz de trueno.) Andrés!!!... Qué has dicho, qué nombre ha salido de tus labios?... Quién se atreve á pronunciar ese nombre sin temblar en mi presencia?...

ANDRES. Ay, Dios mio!

GEN. Tú deliras! Tus penas trastornan tu juicio! No sabes lo que dices, sí, sí. Tú deliras! tú deliras!

ANDRES. Señor, señor!... Mis palabras son ciertas, son leales.

GEN. Pero... pero... yo no comprendo... no me atrevo á comprender... dices que se proyecta la deshonra de mi hija?...

ANDRES. Cierto!

GEN. Horror!... y ella... ella... ignora el crímen, no es cierto?

ANDRES. Ella inocente y sencilla...

GEN. Qué?

ANDRES. Ella cómo se va á defender de la infamia y de la perfidia?...

GEN. Que cómo se va á defender?... Que cómo se va á salvar de la ignomia? Qué cómo se va á librar de morir á mis manos?...

ANDRES. Señor!...

CEN. Que cómo me va á salvar de una tumba cubierta de vergüenza y de oprobio?...

ANDRES. Señor, señor! Ella no sabe nada, ella no ha comprendido nada, ella está ignorante de todo!

GEN. Ah!!... mi hija no sabe nada, no sabe el lazo que se la tiende?

ANDRES. No señor!

GEN. No conoce, no habla, no quiere á mi asesino?...

ANDRES. Los detesta, los aborrece con todo su corazon!!...

GEN. Ah!... Es pura, es buena, es digna de mí?...

ANDRES. Es un ángel!...

GEN. Es mi hija!!... No te lo decia yo... Mi corazon no se engañaba, no... Es mi hija!!

ANDRES. Amo mio de mi alma! quiere usted que yo le vengue?...

GEN. Calla!

ANDRES. No me deja usted que yo le pague con una pobre accion toda una vida de favores y de consuelo?...

GEN. Calla! calla!!...

ANDRES. Por Dios!

GEN. Calla, pobro loco. Déjame, déjame pronto. Va á venir mi hija, quiero estrecharla contra mi corazon!

ANDRES. Pero...

GEN. No, déjame. Ahora no sé pensar. Luego nos reuniremos, hablaremos, haremos lo que quieras; pero anda, déjame solo con ella! Que yo la vea, ahora no sé más que sentir!

ESCENA X.

DICHOS, EMILIA y RAFAEL. Andrés se va retirando lentamente hasta que desaparece por el foro.

EMILIA. Padre mio!

GEN. Hija de mi alma!!

EMILIA. Aquí lo tiene usted.

GEN. Sí, sí, te tengo aquí, á mi lado, en mis brazos, contra mi corazon!!...

EMILIA. Qué felicidad!...

GEN. Sí, si soy el hombre más feliz de la tierra! Mis triunfos, mis campañas, mis glorias... todo lo doy por este supremo instante de satisfaccion!...

EMILIA. Dios mio! Qué afan es ese?... Qué siente usted, padre mio!...

GEN. Que vengan á arrebatármela ahora!...

EMILIA. Quién?...

GEN. Es mi hija! mi hija querida!

EMILIA. Sí, sí, padre mio! su buena hija de usted! Sí! Y otro hijo que le quiere á usted como yo...

GEN. Como tú?...

EMILIA. Sí, mírelo usted. Es Rafael!...

RAFAEL. (Que ha estado con la cabeza baja, muy conmovido) Padre!

GEN. Sí, sí. El hijo que abandona el hogar...

RAFAEL. Señor!...

GEN. Que no quiere á su padre!...

RAFAEL. EMILIA. } Señor!...

GEN. Puedes levantar tu frente delante de mí sin ruborizarte?... (Pausa.) Responde!

RAFAEL. No, señor!

GEN. Ah! no puedes?... Te confiesas culpable!...

RAFAEL. Desgracidamente.

GEN. Pero.... pero... tu falta podrá tener algun remedio? (Pausa.) Callas?...

EMILIA. Habla, Rafael.

RAFAEL. Ay de mí, qué he de hablar!... He venido aquí solamente á dar á usted un adios eterno!

EMILIA. GEN. } Qué!!...

RAFAEL. Á llorar por la última vez sobre la tumba de mi madre!

EMILIA. Jesus!...

GEN. El infierno se conjura hoy en contra mia. Qué estás diciendo, insensato?...

RAFAEL. La verdad!

GEN. Luego tu crímen ataca á tu honra?... Á la mia?... (Ra-

fael baja la cabeza hasta el pecho.) Ah!!... Huye de aquí, miserable!

EMILIA. Padre!...

GEN. Huye de aquí ántes que te lance mi maldicion!!...

EMILIA. (Cayendo desmayada.) Vírgen mia!...

GEN. Hija!!...

RAFAEL. Padre!!...

GEN. No, no te acerques; no la toques. Tú la matas; pronto la seguiré. Huye. Aléjate de una mansion que has cubierto de luto y de vergüenza!!...

RAFAEL. Dios del cielo!!...

GEN. Sí, sí; invoca al único ser que puede otorgarte su perdon sobre la tierra!!... (Rafael se aleja lentamente, y se echa desolado en brazos de Andrés, que aparece en la puerta del foro: mientras tanto, dice el General.) Ah! hija!!... hija!!... míra-me por última vez! Dame el consuelo de morir oyendo el eco de tu querida voz!!... (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA va á entrar por la puerta de la derecha, y RAFAEL sale del foro y se dirige á ella apresuradamente y á media voz.

RAFAEL. Emilia!

EMILIA. Jesus! Rafael!... Cómo es esto?...

RAFAEL. Calla! Y padre?...

EMILIA. En su despacho. Me espera; pero cómo es que estás aquí?... Dónde has andado toda la noche?...

RAFAEL. Ay de mí!... No lo sé. No hablemos de mí. Háblame de padre. Dime lo que ha sucedido.

EMILIA. Qué cruel eres!...

RAFAEL. Sí, sí. Más de lo que tú te puedes imaginar; pero olvídate de mí, por Dios, y háblame de padre. Cuánto debe haber sufrido!

EMILIA. Oh! Mucho! Ha sido la noche más terrible de su vida. Así lo ha repetido mil veces.

RAFAEL. Lo creo!

EMILIA. Sin los desvelos de Andrés y mis caricias, yo creo que se hubiera vuelto loco!

RAFAEL. Qué ha dicho de mí?...

EMILIA. Oh! Nada malo!

RAFAEL. Es posible?...

EMILIA. Nada malo! Yo abrí los ojos en sus brazos. Me encontré tendida en su cama; á mi lado Andrés, y padre cubriéndome de lágrimas y besos. Al pronto no me daba cuenta de lo que me pasaba. De repente, vino á mi memoria la funesta escena que ocurrió aquí, y me olvidé de mi dolor para atender á nuestro padre; pero eran inútiles mis esfuerzos. Nada le distraia de los extremos que me prodigaba, y en medio de sus arrebatos cariñosos, exclamaba: «Hija de mis entrañas!... te tengo conmigo; eras digna de mí; esos monstruos no intentarán siquiera su crímen!»

RAFAEL. Su crímen!...

EMILIA. Yo no comprendo una palabra. Sólo, sí, estoy cierta que he escapado de un peligro; pero no sé de cuál. Las palabras de Andrés me lo han indicado. Las exclamaciones de padre me lo confirman.

RAFAEL. Tú... un peligro... y en esta casa?...

EMILIA. No te quepa duda. Así que pasó aquella escena de cariño, quedó la estancia en silencio. Padre empezó á pasearse grave y sombrío. Andrés y yo nos mirábamos sin atrevernos á interrumpir su pensamiento. Al fin, yo me puse delante de él. Se quedó un rato contemplándome sin pestañear. Yo le eché los brazos al cuello y pronuncié tu nombre muy suavemente. Entónces se desprendió de mí, cayó sobre una butaca, un mar de lágrimas inundó su rostro, y exclamó con un acento que desgarraba el corazon: «Rafael!... Rafael!... Pobre hijo mio!!...

RAFAEL. Calla, calla por Dios! No me digas esas cosas!... Si me dijeras que me lanzaba los más crueles dicterios, que renegaba del nombre que no he sabido llevar, que me maldecia... todo esto lo oiria con calma, hasta con satisfaccion. Era mi justo castigo; pero que se acordaba de mí para llorar, para sentir, para llamarme su hijo

todavía...

EMILIA. Sí, si!

RAFAEL. Oh! esto es superior á mis fuerzas, esto no lo puedo soportar!

EMILIA. Pero tú no conoces el corazon de padre?...

RAFAEL. Sí, si!

EMILIA. No sabes que allí no se encierra más que un tesoro de amor para sus hijos?...

RAFAEL. Es verdad?

EMILIA. No sabes que ese hombre tan rígido, tan inflexible, es de cera cuando la voz de un hijo le llama?

RAFAEL. Así es para mi castigo.

EMILIA. No, no, así lo es para tu redencion! Pero dime, que ha sido de tí, cómo es que has estado toda la noche sin que yo te vea!

RAFAEL. Ay de mí, que no sabré contestarte. Salí de aquí con el corazon echo pedazos. No tenia más que un deseo; una idea fija, constante, cruel me dominaba. La de librarme de una existencia odiosa.

EMILIA. Rafael!

RAFAEL. Si, sí, te lo confieso; pero el temor de bajar á la huesa sin el consuelo de ver á mi padre satisfecho de mi conducta; al contrario, irritado para conmigo con tanta justicia, dándole con mi muerte un nuevo y más terrible golpe, que tal vez abreviára su vida... Oh! esto me contuvo, esto sólo me dominó, esto me hizo cobarde! Vagué á la ventura, sin rumbo fijo ni voluntad para nada, y me encontré sin saber cómo delante de la tumba de nuestra madre!...

EMILIA. Oh, madre mia!

RAFAEL. Su santa imágen apareció á mi vista, me trajo el recuerdo de mis felices dias, su entrañable amor, sus caricias, aquellos nobles consejos que nunca debí borrar de mi alma, y arrepentido y destrozado por el dolor, caí de rodillas bañando con mis lágrimas aquel mármol querido!

EMILIA. Pobre Rafael!

RAFAEL. El acento grave y solemne de una campana me sacó de mi éxtasis. Al instante comprendí que era el toque de la misa consagrada todos los años á la memoria de aquella santa.

EMILIA. Es verdad!

RAFAEL. Salí de aquel sitio regenerado, y con la esperanza de ver, aunque de lejos, á nuestro padre.

EMILIA. Y le viste?

RAFAEL. Sí, escondido entre los árboles os ví pasar. Te ví á tí tan bella, tan modesta, modelo y ejemplo de respeto filial! Cuánto te envidié, hermana mia!... Ví á aquel anciano noble y magestuoso que caminaba á paso lento, apoyado en tí, con la frente descubierta, con las huellas de un grave pesar en su digno semblante! aquel hombre venerable cuya gloriosa carrera no empaña ni la más leve sombra en setenta años de vida agitada y laboriosa, y que con la conciencia del justo caminaba tranquilo al templo de Dios! Oh!... No sé lo que pasó por mí! Os seguí, entré en el templo y oí la misa.

EMILIA. Es posible!...

RAFAEL. Sí, sí. Uní mis preces á las vuestras para honrar la memoria de nuestra madre!...

EMILIA. Dios te ayudará!

RAFAEL. *Él* me tranquilizó. Qué más podia desear? Salí de allí sereno y decidido á no volver por aquí jamás. Dí un adios eterno á todos los parajes testigos de mi infancia y eché á andar; pero en vano! Una fuerza superior me hacia retroceder. He procurado por tres veces salir de aquí y siempre me he visto impelido hácia el mismo sitio. No puedo alejarme. Yo necesito oir la voz de un padre que me perdone, necesito recuperar su amor por medio de mi arrepentimiento, y entónces... Oh! entónces nada me importa lo demas! Cumpliré tranquilo la voluntad de Dios!

EMILIA. Hermano!... hermano mio!... Cuánto me alegra oirte hablar así! No has olvidado la memoria de nuestra madre! has rezado en su tumba y Dios ha oido tu ora-

cion! Espera en padre, no dudes. Yo me encargo de suplicar por tí!

RAFAEL. Dulce hermana mia!...

EMILIA. Sí, sí; todo terminará. (Se oye la voz de Andrés, que dice: Le digo á usted que no está.) Ah!... vete, ocúltate, que nadie se entere.

RAFAEL. Sí, aquí en esta habitacion. (Puerta izquierda.)

EMILIA. Yo te avisaré. (Entra Rafael.) Huiré de esos importunos. Voy á prevenir á mi padre. (Entra por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

ANDRÉS, DOÑA FERNANDA.

ANDRES. (Se presenta en la puerta del foro y mira á la escena, despues dice:) Pase usted y lo verá.

FERN. (Entrando.) Así es en efecto. No he dudado yo de la veracidad de usted.

ANDRES. Pues no me ha dado usted á entender otra cosa!

FERN. Oh! no, excelente Andrés, no es eso. Veo que esa pena misteriosa trastorna el juicio de usted.

ANDRES. Puede ser!!...

FERN. De buena gana prestaria á usted mi consuelo franco y desinteresado.

ANDRES. Muchas gracias.

FERN. No lo dude usted. No puedo ver sufrir! Mi corazon es sensible, y á usted le tengo en mucha estima.

ANDRES. Muchas gracias!

FERN. Sí, sí, puede usted creerme. Soy muy leal, peco de franca.

ANDRES. Eso está á la vista!

FERN. (Ap.) Zopenco! (Alto.) Y creo que es usted un hombre formal.

ANDRES. Los años!...

FERN. Oh!...

ANDRES. (Ap.) Si no fuera por el General!...

FERN. Pero no ha dado á usted Emilia algun recado para mí?...

ANDRES. Nada!...

FERN. Es particular! Media hora hace que la estoy esperando.

ANDRES. Caramba!

FERN. Y es una cosa extraña.

ANDRES. Extrañísima!

FERN. Que da que pensar.

ANDRES. Muchísimo!

FERN. Para mí es una cosa muy rara!

ANDRES. Rarísima!

FERN. (Le mira y dice ap.) Qué cafre!

ANDRES. (Ap.) Si no fuera por el General! (Alto.) Mi señora doña Fernanda!... y su querido hijo Arnoldo?...

FERN. Pps!...

ANDRES. No habrá salido aún de la Iglesia!

FERN. Es muy posible.

ANDRES. Qué conducta tan edificante!...

FERN. Voy en su busca... (Aparece Arnoldo en la puerta del foro en completo desarreglo. Viene empapado en agua.)

ESCENA III.

DOÑA FERNANDA, ANDRÉS, ARNOLDO.

ARN. Ecce homo!...

ANDRES. (Ap.) Se cayó la casa á cuestas!

FERN. Jesus! Qué es eso!... Qué facha es esa?... Y el sombrero?

ARN. Ha naufragado!...

FERN. Pero... no comprendo... ven.

ARN. Ay!... no me toque usted el brazo!

FERN. El brazo?...

ARN. Ni las piernas!... Ni el cuerpo, ni la cabeza! Sobre todo la cabeza!...

FERN. Estoy en brasas!...

ARN. Dichosa usted! Yo estoy tiritando!

ANDRES. (Ap.) Si sale el General!

FERN. Siéntate.

ARN. No!... si me siento me ahogo!

ANDRES. Que se retire á su cuarto!

FERN. Calle usted, majadero!

ANDRES. (Da un salto hácia atrás y levanta el brazo en actitud de pegar.) Si no fuera por la consigna!...

FERN. Vamos, explícate.

ARN. Si puedo.

FERN. Pero qué ha sucedido!...

ARN. Que se nos ha aguado la fiesta!

FERN. Jesus, Jesus, qué golpe!...

ARN. Y eso que usted no lo ha sentido!...

FERN. Siempre habrás cometido alguna torpeza.

ARN. Sí, sí señora! La mayor, la más garrafal!...

FERN. No lo dije?... cuál ha sido?...

ARN. La de no saber huir!...

FERN. Pero de quién?...

ARN. De una legion de vándalos! Oh, inteligencia!... y qué poco puedes contra la fuerza bruta!...

ANDRES. Oye usted, doña Fernanda?...

FERN. Qué dice usted?...

ANDRES. Que se queja de un atropello.

ARN. Inaudito!

ANDRES. (Ap.) Dios quiera que no salga el General!...

ARN. Figúrese usted, mamá...

FERN. Al fin!!...

ARN. El fin es lo más cruel!... Figúrese usted que me paseaba sosegado por el bosque de los tilos, esperando á usted como al rocío la flor!

ANDRES. Pensando en alguna obra piadosa!...

ARN. Edificante!

ANDRES. Lo creo!...

ARN. De pronto oigo el chirrido de una lechuza. Malo, dije yo, fatal agüero! Este pajarraco nocturno despierto á estas horas me da en qué pensar!... Á poco tiempo oigo el lúgubre canto del cuco! Pues señor! exclamé, el sitio es divino, pero sus habitantes no tienen el mayor atractivo que digamos. No habia acabado mi solilo-

quio, cuando suena cerca de mí una estupenda carcajada.

FERN. Pero... quién era?...

ARN. Y luego otra y otra y hasta un coro infernal. Á nadie ví. Me quedé un rato algo preocupado, la verdad, cuando llegó á mis oidos el canto más desagradable, más antipático y más desgarrador que usted se puede figurar.

FERN. Pero eso era una burla!...

ARN. Ah! si hubiera parado ahí!... Pero aquel canto, señor, aquel canto!...

FERN. Pero por qué te preocupa tanto esa majadería?...

ARN. No admito el símil, mamá!

FERN. De qué era pues?...

ANDRES. Era otra ave nocturna?...

ARN. Era un asno!!... (Gran movimiento de indignacion en Fernanda, y de Andrés conteniendo la risa.) Qué tal?... tengo razon para rechazar la semejanza?... De pronto se presenta ante mí un jayan colorado y tremendo, que me dice muy cándidamente: me llamaba usted, señor?—Yo?... no por cierto. Y luego se presenta otro y me pregunta: Y á mí?—Yo?... no... tampoco. Y luego sale otro, y otro y otros veinte, y me rodean y me acosan, y se enfadan porque yo les habia engañado, porque les habia llamado por burla, puesto que me habian conocido en la voz!!...

ANDRES. Le parece á usted?...

FERN. Oh! qué mofa tan sangrienta!

ARN. Yo no podia hacerme entender! Me agarran, me tienden sobre una manta y me echan al aire!

ANDRES. Le mantearon á usted?

ARN. Pero con qué fuerza, amigo! No me daban tiempo ni para respirar! Cada vez apretaban más! Tan pronto me veia por el suelo como por encima de los árboles! Qué trastorno! qué mareo!!...

ANDRES. Pero subia usted mucho?...

ARN. De una manera fabulosa! Ni Mr. Arban! Yo no he visto

nunca al genio más elevado!... Creí que con esto se iban á contentar; pero... cá!... no señor! Sale una voz subversiva que grita: al estanque!... y me agarran en volandas y me llevan dando alaridos hácia el sitio fatal!...

FERN. Pero tú, por qué no te defendias?...

ARN. Y la posicion?... y el número?... y la diferencia de clases?... Me iba yo á rebajar con aquella gente?

ANDRES. Usted lo que hacia era subir!...

ARN. Pero atrozmente!

FERN. Oh! si yo hubiera aparecido!

ARN. Más vale que no, mamá! Esa gente es muy temeraria!

ANDRES. Tal vez la hubieran soplado en la manta!

ARN. Y ya ve usted!

ANDRES. Pero la hubieran atado el vestido!...

FERN. Puede que no, mi buen Andrés.

ARN. Mamá, usted no sabe quiénes son? Cuando lo han hecho conmigo, diga usted que lo hacen hasta con el gigante Goliat!

ANDRES. Y lo zambulleron á usted?

ARN. Toma!... Pero ántes... al borde ya del agua. . oigo una voz estridente... cruel recuerdo!... que exclama: apartarse, que voy á darle un dato!!...

FERN. Un dato!!...

ANDRES. Qué dice usted?...

ARN. Si no creyera, Andrés, que es usted un hombre honrado, dudaba de usted ahora mismo!

ANDRES. Cómo?... de mí?... y seria usted capaz?...

ARN. No, no, no lo creo. Fué una coincidencia, fatal coincidencia!... Se apartan de mí riendo y cantando con una algarabía feroz, y en medio de aquel estrépito siento en la nuca un golpe tremendo, un golpe producido por un cuerpo voluminoso, por una cosa gorda y pesada que se estrelló en mi cabeza. Qué seria aquello? Por fuerza era una hortaliza!

ANDRES. Seria una calabaza!...

ARN. De fijo!... Dicen que es malo recibir calabazas!... Una

he recibido yo y he quedado satisfecho! Qué fruta tan dura y tan indigesta!... Si no caigo al agua pierdo el sentido; pero amigo, la nueva sensacion me hizo olvidar el porrazo y me ví allí solo, abandonado de todos, tullido, mareado, confuso y en medio de aquel mar proceloso que me tragaba, que podia más que yo!

FERN. Pero eso es un crímen!

ANDRES. Inmerecido; porque este jóven jamás ha hecho daño alguno.

ARN. Ni lo he intentado siquiera!

ANDRES. Ni en aquellos sitios lo querria usted intentar.

ARN. Claro!

ANDRES. Qué inhumanidad!

FERN. Concluye.

ARN. Nada, mamá. Que luché como un héroe! Que vencí la inclemencia de las olas; que más feliz que aquel pobre Leandro, gané la opuesta orilla valido de mi agilidad y de mis propias fuerzas, y que aquí me tienen ustedes molido y asendereado y echo una sopa y muy arrepentido de haber venido á estos bárbaros lugares, de los que conservaré un recuerdo indeleble en mi calabaceada nuca! Oh, famoso paseo de los tilos, que jamás tu sombra me cobige, mientras produzca tu suelo ingrato unas frutas tan agresivas y tan antipáticas?

ANDRES. Amen!!...

FERN. Oh, mi bueno y estimado don Vicente, reconozco tu mano!

ARN. Qué dice usted, mamá?...

FERN. Qué obtuso eres!!

ARN. Pero... mamá!... Don Vicente ha dicho usted?

FERN. No lo has comprendido?. .

ARN. No diga usted más. Ah cruel, ah pérfido, ah traidor!... (Se presenta D. Vicente. Arnoldo corre hácia su madre.) Oh!... Entiéndase usted con él, mamá; porque yo estoy ahora muy frio!

ESCENA IV.

DICHOS, D. VICENTE, á poco PEDRO.

FERN. Pase usted, estimadísimo señor!

VIC. Señores...

FERN. Venga usted á recrearse en su obra!

VIC. En mi obra!

FERN. Qué cándido es usted! Pero ahora yo le arrancaré esa máscara.

VIC. Qué está usted hablando?...

FERN. Yo me encargo de hacer que conozcan á usted!

PEDRO. (Entrando agitado y mirando á D. Vicente.) Aquí está!

VIC. Pero...

FERN. Nada, nada. Llegó el momento de hablar. Andrés, no está visible el General?...

ANDRES. Dentro de poco lo estará.

FERN. Bien, bien. Volveremos. Oh! amigo Pedro, venia usted en busca nuestra?...

PEDRO. No señora. Buscaba al señor.

VIC. Á mí?...

PEDRO. (Con acento muy grave.) Sí señor, á usted!

VIC. (Ap.) Qué demonios es esto?...

ANDRES. (Ap.) Anda!. . Anda!...

FERN. Cuánto me alegro! Se han hecho ustedes muy amigos y lo celebro!

VIC. Vaya, vaya!... (Muy receloso.) Quién no es amigo de este honrado jóven?... Dígame usted lo que guste.

PEDRO. No, tiene que ser á solas!

VIC. Eh?...

FERN. Bravo, bravo!!... Que no se olvide usted de mis consejos, de mis informes. Volvemos á ver al General para un asunto gravísimo. Prevéngaselo usted, Andrés!..· No lo olvide usted, señor don Vicente!...

ARN. Cuando me seque hablaremos tambien.

VIC. Pero señores...

ARN. No puedo decir más!—Andrés, no me proporcione usted ya el dato.

ANDRES. Cómo!

ARN. Es nombre funesto para mí!

FERN. Señor don Vicente, usted me ofrece venir aquí para hablar al General?...

VIC. Yo?... si señora.

FERN. Sean ustedes testigos, señores. Vamos, Arnoldo.

ARN. Ay!!... Qué trabajoso es para mí ahora el movimiento. (Desde la puerta.) Oh, paseo de los tilos!... Nunca te olvidaré!

ESCENA V.

PEDRO, D. VICENTE, ANDRÉS, á poco el GENERAL y EMILIA.

VIC (Ap. á Andrés.) Ha dicho usted algo á doña Fernanda?...

ANDRES. De qué?...

VIC. Hombre, de lo de ayer. De la confianza que hice á usted.

ANDRES. Ni una palabra...

VIC. Pues no lo entiendo.

ANDRES. Ni yo tampoco.

VIC. (Cambiando de tono y con gran recelo.) Vaya, vaya! El bueno de este amiguito don Pedro! Yo estaba deseando echar un párrafo con usted.

PEDRO. Pues somos los dos de un gusto.

ANDRES. Entónces de fijo se entienden ustedes.

VIC. Yo desearia hablar ántes con el señor General. (Aparecen el Genoral y Emilia.) Á propósito!...

GEN. (Al ver á D. Vicente.) No hay forma de huir.

VIC. Señor General, pongo en conocimiento de usted con una pena profunda que mi estancia aquí no puede prolongarse.

GEN. Debe serle á usted muy doloroso!

VIC. (Tose.) Y así quisiera merecer de usted la honra de una entrevista de despedida.

GEN. Bien, bien; pero eso no ha de ser puñalada de pícaro. Tiene usted inconveniente en volver por aquí dentro

de media hora nada más?

VIC. Oh! ninguno.

GEN. Pues aquí espero, me doy por avisado.

VIC. Bueno, yo siempre dispuesto á servir á usted.

GEN. Gracias, gracias y hasta luego. (D. Vicente saluda y va á salir, Pedro le detiene.)

PEDRO. No me hace usted el obsequio de esperarme?...

VIC. Ah! sí... sí!.. con mucho gusto.

PEDRO. Adios, mi General.

GEN. Adios, Pedro. Que no faltes al almuerzo.

PEDRO. Aquí me tendrá usted á su disposicion. (Á D. Vicente.) Vamos?...

VIC. (Tose.) Vamos donde usted disponga.

ANDRES. Á que Pedro va á proporcionar otro dato á ese señor?...

ESCENA VI.

EL GENERAL, EMILIA, ANDRÉS.

GEN. (Se pasea lentamente por la escena. Emilia y Andrés le contemplan con ansiedad sin atreverse á hablarle. Despues de un pausa dice:) Andrés!...

ANDRES. Señor!...

GEN. Está hoy con cuidado á la venida del correo. No sé por qué se me figura que debe traer noticias que te alegren.

ANDRES. No hay alegría posible para mí, si usted no está tranquilo!

GEN. Deseo que acaben tus penas.

ANDRES. Señor! hablan á mi corazon mucho más alto las de usted!

GEN. Yo no puedo vivir satisfecho si sufren alrededor mio. Cuánto daria porque respiráras feliz!

ANDRES. (Con una grande explosion de sentimiento.) Señor!... (Emilia se interpone y le hace callar por señas. Andrés mira al General y baja la cabeza.)

GEN. Yo tengo un ángel á mi lado. Dice que le da el corazon que hoy se ha de trocar en alegría la tristeza de esta casa... Yo creo en los presentimientos de mi ángel bueno!... (Dice esto con excesiva ternura, mirando á Emilia, y esta se le acerca con mucho cariño.)

EMILIA. Como que hoy cedo el puesto á quien vale mucho más que yo; á quien viene de una region donde no se miente, ni se sufre; donde todo es suprema y bendita felicidad.

GEN. Oh, consuelo de mi vida!... (Mirando al cielo.)

EMILIA. Y que no quiere que se celebre su santo con lágrimas ni tristeza.

GEN. Sí, sí!...

EMILIA. Sino con expansion, con alegría y con palabras de perdon á todos los que han faltado sin voluntad propia!

GEN. Qué buena eres!!...

EMILIA. (Hace señas á Andrés que se retire, el cual la obedece llorando y muy lentamente.) Yo cumplo con mis deberes de hija; yo no tengo mérito alguno!

GEN. Cuántos deberian aprender de tí!

EMILIA. Pues si yo soy la que aprendo de los demas!...

GEN. Tú, pobre hija mia, que eres un modelo de amor y de abnegacion filial?...

EMILIA. Yo, que no acierto á igualar en esas cualidades á otros mejores que van delante de mí.

GEN. Tú sueñas!

EMILIA. No, no; que hay quien adora en usted más que yo!

GEN. No es posible!

EMILIA. Y le respeta más que yo!

GEN. Locura!

EMILIA. Y vive en el mundo sólo para usted.

GEN. Y quién es ese ser?...

EMILIA. Cuánto le envidio!

GEN. Quién es ese ser que quiere igualarse á tí en tan preciosas virtudes?...

EMILIA. No, padre mio! no me iguala; me excede!

GEN. Pero quién es?... dónde está?... (Se presenta Rafael en la puerta de la izquierda. Emilia lo señala.)

EMILIA. Ahí!...

GEN. (Vuelve la cabeza, ve á Rafael, y lanza un grito sin poder dominarse. Emilia se interpone.) Él!!...

EMILIA. Padre!!...

GEN. Nada, nada; no tengas miedo. Estoy tranquilo!

ESCENA VII.

EL GENERAL, EMILIA, RAFAEL.

GEN. Te creia muy lejos de estos sitios.

RAFAEL. No puedo, señor, sin que usted me oiga.

EMILIA. Padre quiere oirte. Tú se lo dirás todo, no es verdad?...

RAFAEL. Todo!

EMILIA. Y usted le oirá con calma, no es cierto, padre mio?...

GEN. Ya te lo he ofrecido, y yo cumplo lo que ofrezco al que es buen hijo.

RAFAEL. Cuánto daria por merecer ese nombre de los labios de usted! ..

GEN. Te han faltado por ventura para ello mis consejos?...

RAFAEL. Oh! no, señor!...

GEN. Te ha faltado mi cariño?...

RAFAEL. No, señor!...

GEN. Te ha extraviado mi ejemplo?...

RAFAEL. Cómo es posible?...

GEN. Qué es, pues, lo que te ha inducido á olvidar el más sagrado deber?

RAFAEL. Mi desgracia!...

GEN. Ah!... Tu desgracia!... Y qué quieres decir con eso?... Esa es la palabra de los cobardes!...

EMILIA. Padre mio!...

GEN. Calla, Emilia, déjanos. Necesito enterarme de su extravío. (Emilia se va retirando muy despacio y los observa desde el foro.)

RAFAEL. Esa es la palabra, padre mio; un extravío funesto que

ha perturbado mi razon.

GEN. No, no es eso. Es consecuencia de una conducta desatentada, que no reflexiona, que no escucha los consejos de la experiencia, de la ancianidad. Es esa perversion moral que rompe todos los vínculos sociales, que olvida y desprecia lo que hay de más puro, de más sagrado en esta vida, el respeto, el amor, la sumision, que siempre y á todas horas, y en todas circunstancias, se le deben al autor de la existencia! Son todas estas cosas juntas que forman al hombre vicioso y descreido. Te encuentras tú en ese caso?... Dí!

RAFAEL. Señor!...

GEN. Ah! no hables, tu silencio me indica lo bastante!

RAFAEL. Este es mi mayor castigo! No sé, no sé cómo buscar mi redencion!

GEN. Confiésame tu culpa.

RAFAEL. Lo haré al fin!

GEN. Ayer, si mal no recuerdo, dijiste que esa falta tuya manchaba tu honra, la mia?...

RAFAEL. Sí, señor!...

GEN. Bien! Será cuestion de inmoralidad?... Parece que eso no se reputa como un crímen! Habrás llevado la deshonra al seno de alguna familia respetable?...

RAFAEL. No señor!...

GEN. Bien; habrás entrado en la senda perversa del juego. De ahí algun resultado propio de tan funesta pasion!...

RAFAEL. No, señor!...

GEN. Pues habla!!... No tardes! Sepamos el mal, estudiemos, si lo hay, algun remedio.

RAFAEL. Ay, señor!... que no me atrevo á decirlo!...

GEN. Tan grave es?...

RAFAEL. Su confesion me cubre de vergüenza!...

GEN. Ira de Dios!!.. Habla!... No conoces que esa dilacion me mortifica?...

RAFAEL. Es que temo más á la realidad!

GEN. No hay realidad que espante más que la duda, que la-

incertidumbre!...

RAFAEL. Hablaré, sí, señor! Á eso he venido. (Pausa ligera, se pasa la mano por la frente.) Yo debí unirme á mi regimiento.

GEN. Si, sí, y qué?...

RAFAEL. No lo hice. La noble senda de peligros y de gloria, esa senda trazada por usted con sus consejos y su ejemplo, se cambió por mí en un camino oscuro y repugnante de crímen y de traicion!...

GEN. Cómo?... qué dices?... de traicion! ..

RAFAEL. Así fué, desgraciadamente!

GEN. Tiemblo de oirte!... continúa!...

RAFAEL. La noble espada que me confió la patria para su defensa, la volví en contra suya!

GEN. Dios me ayude!!...

RAFARL. Me trasladé al campo de los partidarios del absolutismo.

GEN. Oh! infame!... y qué?... y qué?...

RAFAEL. He de decírselo á usted todo, he de confesárselo todo, á ver si muero de vergüenza á sus piés!...

GEN. Tú morir de vergüenza?...

RAFAEL. Ojalá!...

GEN. Tú tan noble sentimiento?...

RAFAEL. Señor!...

GEN. No, no, no lo esperes!... La vergüenza es patrimonio de los hombres leales!... Jamás se abriga en el pecho de los traidores!!...

RAFAEL. Oh!... y cómo lo he conocido!

GEN. Sigue, sigue, miserable!...

RAFAEL. Ningun hombre ha merecido como yo ese horrible dictado! Todo lo diré, sí, todo, porque el peso de mi conciencia es superior á mi voluntad!

GEN. Acaba!...

RAFAEL. Manché entre aquella turba de hombres criminales el glorioso nombre de usted, y perjuro, y miserable, y más criminal que ellos, les alenté y fortalecí, asegurándoles!... Oh, Dios mio!... que... no sé cómo decirlo!...

GEN. Pero... acabas?...

RAFAEL. Les juré que nuestra causa alcanzaria la victoria, porque estaba de parte nuestra y próxima á llegar á nuestro campo la invencible espada de usted!

GEN. Jesus!!!... (Se tapa la cara con las manos. Emilia va bajando lentamente hasta ponerse delante del General, cuando lo indique el diálogo.) Infame! vil! y te atreves á ponerte delante de mí?... Y eres tú mi sangre?... Tú revuelto en el fango de la tiranía y del fanatismo!... Sirviendo á la causa más vergonzosa de la humanidad!!... Qué genio funesto ha guiado tus pasos?...

RAFAEL. Señor!...

GEN. Oh!... No has recordado que eres mi hijo!... No has querido ser digno de mí!!... Si hubieras exhalado tu último aliento por hundir y pulverizar á un gobierno inmoral y envilecido!... por levantar á tu patria al lugar que merece entre las naciones libres!... entónces... oh, entónces yo hubiera volado como siempre a campo de la gloria, á mezclar mi sangre con la tuya, con la de los buenos!... Todo el mundo habria hecho justicia á nuestro patriotismo, y la historia nos reservaria una página de honor al lado de los hombres honrados y leales!!... pero no... no ha sido así... Has tenido valor para arrojarme á la cara tu ignominia... y no lo has tenido para destrozarte ese corazon!... Cobarde!... vienes á que yo cumpla tu último deber!!... Á que yo te mate?... Pues bien, villano! Yo te mataré!!...

EMILIA. Padre!!!...

GEN. Yo... sí!...

EMILIA. y RAFAEL. Padre!!...

GEN. Oh! Dejadme, huid de mi presencia! Evitadme un crímen...

EMILIA y RAFAEL. Padre!!...

GEN. Dejadme!... Dejadme solo!... ó no respondo de mí!!!... (Cae desplomado sobre un sillon. Emilia y Rafael se quedan un rato contemplándole; Emilia se lleva á Rafael empujándole suavemente hasta llegar al foro. Á la mitad del monólogo del General, Rafael desolado llora en brazos de Emilia.) Qué es esto que por mí pasa?... No sé... Ó esto es un sueño horrible, ó mi razon se extravia!... Conque yo voy á ser escarnio de las gentes!... Conque mi nombre va á ser objeto de execracion y de mofa!!... Y quién es osado á presentarse delante de mí con la duda siquiera de mi lealtad?...

Qué lengua villana se atreve al crisol de mi honra?... Oh!!... Que venga quien quiera, que salgan esos traidores, que salga el mundo entero!... Yo tengo una vida sin tacha!... mi aliento es el honor!... Y al descreido que me ofenda, le arrojo á la cara un pedazo de mi honra y le ciego y le confundo!!... (Pausa.) Pero... y mi hijo?... Oh!... esto es un hecho horrible, aquí no cabe duda, no hay amparo, no hay defensa!... Me encadenarán á su destino!... Su causa tenebrosa empañará mis timbres! La envidia me hará partícipe de su deshonra!... Oh!... Señor!... Señor!!... Qué he hecho yo para merecer tan horrendo castigo!!... Por qué he llegado hasta este dia funesto?... Por qué no he muerto á impulso del plomo enemigo?... Dónde hay fuerza para resistir tan rudo golpe?... No sé, no sé... mi pobre naturaleza no puede soportarlo!... Mi cabeza vacila... Oh! Que acabe ahora mismo esta existencia tan combatida!... Que yo no vea más el horror que me espera!... Que sucumba!!... Los perdono!! Los perdono! pero que yo no los vea más... que yo no los vea!!... (Un momento ántes de acabar el monólogo, han aparecido en la puerta del foro Pedro y Andrés, á quienes ha contenido Emilia. Oyen al General, bajan consternados y entre los dos conducen al General, que se ha desmayado, en sus brazos y guiados por Emilia. Esto ha de ser todo lo más rápido posible. Rafael queda completamente anonadado; y bajando lentamente al proscenio con la cabeza caida sobre el pecho, dice:)

ESCENA VIII.

RAFAEL, luego EMILIA y PEDRO.

RAFAEL. Qué he hecho yo?... Qué fatalidad me ha conducido hasta aquí?... No sé lo que me pasa... Siento helada la sangre de mis venas!... Siento en mi corazon un vacío que nada del mundo puede llenar!! Parece que me encuentro en el fondo de un sepulcro!!... Oh!... Yo no he debido venir á estos sitios manchado con tanta ignominia. Yo he debido buscar la muerte á cualquier cos-

ta, de cualquier manera! Qué importa la muerte? Qué son los combates, los peligros, el tormento mismo... comparados con el aspecto airado de ese anciano á quien yo avergüenzo, cuya fama gloriosa empaño, cuyo vida honrada destrozo?... Oh!... Yo no podia calcular, yo no podia comprender la enormidad de mi delito!... Qué haria yo, Dios mio, para borrarlo?... Quisiera que hubiera enemigos que combatir, quisiera un imposible para vencerlo, quisiera ir derramando toda la sangre de mis venas... pero lentamente... y que ese hombre venerable presenciára mi tormento, mi agonía, y que el exceso de mi dolor le arrancára una mirada de cariño, y entónces, oh! entónces, que se desprendiera mi última gota, y bajaria gozoso á mi sepultura!

EMILIA y PEDRO. Rafael!!...

RAFAEL. Cómo es eso?... Y padre?

EMILIA. Ya queda más tranquilo.

PEDRO. Andrés le acompaña.

RAFAEL. (Con explosion.) No me aborreceis?

PEDRO y EMILIA. Qué dices!!

RAFAEL. No os acerqueis á mí! No merezco vuestro cariño!

EMILIA. Rafael!... Nos quieres atormentar!...

PEDRO. Cómo te atreves á hablarnos así?

RAFAEL. Vosotros sois buenos, sois honrados, podeis levantar la frente sin ruborizaros!... No cambieis vuestras miradas con un criminal!

EMILIA. Hermano mio, vuelve en tí!

PEDRO. Cálmate! Estás rodeado de seres que te estiman!

EMILIA. Eres mi hermano!

PEDRO. Eres mi amigo!

RAFAEL. Dejadme, no me hagais sufrir más!

PEDRO. No, no, tus penas tendrán fin!

RAFAEL. Con la muerte!...

EMILIA. Gran Dios!!...

PEDRO. No, con una vida tranquila, rodeado del amor de tu familia!...

RAFAEL. Cuán obcecado estás!

PEDRO. Y esa vida yo te la proporcionaré!

RAFAEL y EMILIA. Tú?...

PEDRO. Yo, sí! Perdóname si me he atrevido á tanto, si he traspasado los límites de la amistad!

RAFAEL. Pero qué dices?...

EMILIA. Qué misterio?...

PEDRO. La veneracion, el respeto, la gratitud que á tu padre le debo, la amistad que nos une y... (Mirando á Emilia.) todo, en fin, lo que yo pudiera deciros y vosotros comprendeis, me ha obligado á dar un paso arriesgado, decisivo; pero que ha coronado mis deseos.

RAFAEL. No puedo comprenderte.

EMILIA. Pero qué es ..

PEDRO. Ayer fuí informado por Doña Fernanda de las condiciones de ese señor don Vicente.

RAFAEL. EMILIA. } Don Vicente?...

PEDRO. Si; á pesar de todo, tal vez no me hubiera atrevido á tanto, porque me faltaban las pruebas de su villanía; pero hoy recibo una carta de mi padre, en que me habla así de ese señor. (Saca una carta y lee.) «Don Vicente »ha huido de aquí. Me temo que haya tomado el cami»no de esa, para cobrar del General unos pagarés de »Rafael, que importan cantidades diez veces mayores »que las que le ha entregado. Ese don Vicente es causa »inmediata de la perdicion de Rafael. Está á la mira; »para el golpe, y ten presente que ha huido porque la »justicia le busca como falsificador de billetes.»

EMILIA. Qué horror!!...

RAFAEL. Y bien?...

PEDRO. Que le he hablado á solas; que le he hecho confesar sus crímenes; que le he obligado á que venga á confesarlos por su boca á tu padre, y que le he arrancado los papeles que te perjudican, y aquí los tienes! (Saca unos papeles y se los ofrece á Rafael, que no los toma.)

EMILIA. Oh!...

RAFAEL. Qué bueno eres!...

PEDRO. Y qué, no tomas estos papeles?. . No te alegras de poder justificarte con tu padre?...

RAFAEL. Guárdatelos, te lo suplico, guárdatelos.

PEDRO. (Guardándoselos.) Perdona, Rafael, si me he extraviado en un exceso de cariño.

RAFAEL. Qué dices!

PEDRO. Sé que tú hubieras hecho lo mismo. Yo no me he podido contener; yo me he ofuscado. Perdona si te he ofendido!

RAFAEL. Pedro!... qué dices?... No me ofendas tú!...

PEDRO. Eso no lo podré yo hacer!

RAFAEL. Pues no sigas. Te has ofuscado, sí. Estás en un error. Ojalá fuera eso lo que me rehabilitára á los ojos de mi padre!...

PEDRO. Que no?...

RAFAEL. No, no! Si así fuera, lo recibiria gozoso de tu mano, porque es una mano leal.

PEDRO. Qué es, pues, lo que te aqueja?... Por qué eres desgraciado?...

RAFAEL. Oh!...

PEDRO. No es una vana curiosidad lo que me mueve á preguntártelo.

RAFAEL. Lo sé.

PEDRO. Pues entónces...

RAFAEL. Respeta mi secreto. Mi suerte está decidida... Adios!...

PEDRO. EMILIA. } Rafael!...

RAFAEL. Sí, sí. Yo no puedo permanecer por más tiempo en estos lugares!

PEDRO. Pero adónde pretendes ir?...

RAFAEL. Muy lejos de aquí!

EMILIA. Hermano mio!!...

RAFAEL. No, no; dejadme. Mi padre puede salir de un momento á otro y voy á morir de vergüenza!

EMILIA. PEDRO. } (Rodeándole.) No te irás.

RAFAEL. Os he dicho que sí.

EMILIA. No, en nombre de nuestra madre!

RAFAEL. (Deteniéndose.) Mi madre!!...

EMILIA. Cruel!... Quieres matarnos de dolor?...

RAFAEL. Oh, tormento!...

PEDRO. Espera por Dios!... Tu padre se calmará!

RAFAEL. (Agitadísimo.) Mi padre!... Oh, no me detengais más.

EMILIA. Por última vez....

RAFAEL. Por última vez os digo que yo no puedo permanecer aquí. No hay fuerza humana que me detenga. Voy á cumplir mi destino. Estoy sentenciado á muerte!

EMILIA. PEDRO. } (Con un grito horrible.) Gran Dios!!...

RAFAEL. Ya lo sabeis. Dejadme, sed felices y hasta la eternidad!...

EMILIA. PEDRO. } (Le sujetan.) No, no!...

RAFAEL. (Desprendiéndose.) Adios!!... (Rafael quiere dirigirse al foro. Emilia y Pedro corren hácia él. Se presenta el General y quedan los tres sin movimiento.)

RAFAEL. EMILIA. PEDRO. } Oh!...

ESCENA IX.

EL GENERAL, EMILIA, RAFAEL, PEDRO, ANDRÉS.

GEN. Vete, Andrés. Dispon lo necesario. Tú me acompañarás.

ANDRES. Voy, señor. (Ap. yéndose.) Qué falta habrá cometido don Rafael? Pobre amo mio!....

GEN. Qué es eso?... Quién hablaba aquí de marcharse?...

EMILIA. Nadie ya, padre mio. No hay delante de usted mas que personas que jamás huirán de su lado!

GEN. Lo creo!... Vosotros debeis permanecer aquí. Yo soy el que parto.

EMILIA. RAFAEL. PEDRO. } (Bajando al proscenio y muy agitados, pero en voz baja, exclaman:) Usted!!...

GEN. Sí!

EMILIA. Pero... padre mio!... Usted salir de aquí?...

GEN. Sí.

EMILIA. Por Dios!...

GEN. No te alteres, hija mia. Mi marcha no tiene causa alguna extraordinaria. Voy á cumplir con mi deber.

EMILIA. No comprendo á usted, padre mio. Perdóneme usted si temo.

GEN. Es la primera vez que me voy á separar de tí.

EMILIA. (Arrojándose en sus brazos.) Oh! Dios!

GEN. Cálmate, buena hija mia. Nada tienes que recelar. Te he dicho que voy á cumplir con mi deber.

EMILIA. Pero...

GEN. No he consagrado mi vida á socorrer al desvalido?

EMILIA. Cierto!...

GEN. Y no he pedido siempre por el pobre, por el necesitado?...

EMILIA. Dios le recompensa á usted.

GEN. Él me ayudará en esta ocasion. Voy á Madrid; voy con mi hoja de servicios, voy con la historia de mi vida, con la corona de mis canas siempre pura, á ponerlo todo á los piés de la justicia; á suplicar que se incline la balanza en mi favor, á llorar si es preciso...

EMILIA. Usted?...

GEN. Yo!!... Sin esfuerzo, sin vergüenza, porque voy á pedir por la desgracia.

EMILIA. Pero... usted...

GEN. Voy á pedir el perdon de un sentenciado!!

EMILIA.
RAFAEL.
PEDRO. } (Con explosion.) Oh!!

(Emilia se arroja en los brazos del General, Rafael baja la cabeza y Pedro se queda mirando con éxtasis al General. Pequeña pausa.)

EMILIA. Padre mio, padre de mi alma!

GEN. (Conmovido.) Cálmate, ángel mio! (Rafael y Pedro hacen un movimiento involuntario como para hablar.) Calmaos todos. No ha llegado el momento. Esperemos el resultado de mi mision. Pedro!...

PEDRO. Señor!...

GEN. Andrés ha oido tus palabras. Estoy muy descontento de tí.

PEDRO. Señor!... Es posible?...

GEN. Mucho. Has insultado á un hombre anciano, has abogado en causa agena y con violencia, y sobre todo te has apoderado de unos papeles que representan intereses de consideracion.

PEDRO. Pero... yo... señor...

GEN. En esos papeles hay una firma, un nombre está comprometido. Ese compromiso no se salva por medio de una sustraccion. No hay conciencia que apruebe ese proceder.

PEDRO. Yo no he reflexionado... yo no he podido sospechar que mi conducta fuera del desagrado de usted.

GEN. Así lo creo!...

PEDRO. Pongo á Dios por testigo! Yo me he movido impulsado por la veneracion que usted me inspira!

GEN. Has procedido de buena fe.

PEDRO. Con todas las veras de mi corazon. No habia yo merecido hasta hoy una reprension de usted! ¡Si yo lo hubiera imaginado!

GEN. Es que hasta hoy no has faltado delante de mí!

PEDRO. Qué haria yo para borrar esa falta!...

GEN. Venir á mis brazos, que te otorgan mi perdon!

PEDRO. Ah! señor!... Qué felicidad!...

GEN. Sí, sí. Eres bueno, eres honrado!... Eres hijo mio!!...

EMILIA. PEDRO. } Oh!...

GEN. Sí, sí, eres mi hijo! Otro tenia yo... ah!... el destino lo arrebató de mi lado. (Emilia ha cogido de la mano á Rafael y lo ha llevado cerca del General. Rafael se arrodilla, coge la mano del General y la besa. El General se queda mirándole, le levanta, por un impulso involuntario va á abrazarle y se aparta rápidamente de su lado. Vuelve otra vez á contemplarle, le coge de la mano y dice embargado por la emocion.) Yo... yo... le rechazaria... pero... gran Dios! si es mi hijo!!... No tengo valor!... No puedo... Si es mi hijo!... Si es mi hijo!!!... (Le abraza con frenesí.)

TODOS. Oh!!... (Rodean con entusiasmo al General. Se presentan á la puerta del foro doña Fernanda y Arnoldo y se deshace el grupo.)

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA FERNANDA, ARNOLDO, á poco D. VICENTE.

FERN. Grupo delicioso!... Oh, General! no sabe usted lo que me conmueve el espectáculo de la felicidad agena!

GEN. (Ap.) Qué tormento!...

ARN. Otro chapuz me daria yo en albricias de la reconciliacion!...

GEN. (Ap.) Temo no poderme contener!

FERN. No quiero turbar la alegría de este momento con relaciones escandalosas!

GEN. (Despues de un moviento de todos.) Qué está usted diciendo?

FERN. Ay, General!... Qué hecho tan inícuo!...

ARN. No, mamá, ha sido una série de hechos!

GEN. Explíquese usted!

FERN. Oh! es cosa grave!

ARN. Y dura! Con mi cabeza atestiguo!

FERN. Sólo el cariño que usted me inspira contiene mi justa cólera!

VIC. (Desde el foro.) Señores!...

FERN. ARN. { Oh!...

GEN. Adelante.

VIC. (Baja al proscenio con grande turbacion, y ántes de llegar dice aparte.) Todos aquí!... y ella!!... Dios me ampare...

GEN. Aquí me tiene usted. No deseaba hablarme?

VIC. Era simple y sencillamente despedirme de usted, como es de mi obligacion... Darle las gracias por su hospitalidad, y asegurarle que tendré siempre un recuerdo muy grato del dia que he pasado aquí...

ARN. (Ap.) Ah, perro!...

GEN. No, no. Usted me pedia una entrevista.

VIC. (Tose.) Bien; pero... ya... ese jóven ha conversado conmigo.

GEN. Y ha quedado usted satisfecho?...

VIC. Satisfechísimo!... Es un jóven muy amable!... muy co-

medido!!... vaya, vaya... yo, crea usted que le aprecio. Él dirá á usted...

GEN. Sí, sí. Lo sé todo!!...

VIC. Yo... crea usted...

GEN. Todo!!...

VIC. Yo... señor General...

GEN. Usted y estos señores, y todos juntos, deberian haber huido de estos lugares sin ponerse delante de mí. Sin aventurar una entrevista cuyas consecuencias les tienen que espantar!... Oh!... yo les juro á ustedes que ha de quedar memoria de mi venganza!!...

EMILIA. RAFAEL. } Padre!

PEDRO. (Al mismo tiempo que los anteriores.) Señor!

VIC. (Ap.) Ay, qué malo me siento!...

FERN. (Ap. á Arnoldo.) Serenidad!...

ARN. Más valia no haber salido del agua!

ESCENA XI.

DICHOS, ANDRÉS, en un estado completo de exaltacion, y con un parte telegráfico en la mano.

ANDRES. (Viene á colocarse á la derecha del General.) Señor!... Señor!!...

GEN. Andrés!!... Qué es eso?... Qué nueva desgracia nos amaga?...

ANDRES. Ninguna!... Oh!... ninguna!!... No es si no una gran felicidad!!...

TODOS. Cómo?...

ANDRES. Este parte... este...

GEN. Un parte... para tí?...

ANDRES. Sí, sí señor!!... del padre de Pedro!

PEDRO. Es posible?...

GEN. Pero qué...

ANDRES. Ay, yo no puedo!... Señorito Rafael!... Lea usted!...

RAFAEL. (Tomando el parte.) Lo leo, padre mio?...

GEN. Sí, sepamos qué sucede.

RAFAEL. (Leyendo.) «Hoy se da indulto general y completo para »todos los comprometidos en la última rebelion!...»

GEN.
EMILIA.
PEDRO. } Qué?...

RAFAEL. (Muy conmovido.) Así lo dice!...

ANDRES. Sí, sí; eso es... Dios mio!... Dios de bondad!... Habeis oido mis oraciones!... Os habeis apiadado de un padre!...

FERN.
ARN. } Qué dice?...

ANDRES. La verdad. Ese era mi secreto terrible; ese era el golpe que estaba acabando conmigo!

EMILIA. Pero, tú, Andrés...

ANDRES. Sí, señorita de mi alma!... sí... mi hijo... Oh!... mi hijo estaba comprometido en esa infame rebelion!!...

TODOS. (Ménos el General y Rafael.) Es posible?...

ANDRES. Ay!... sí, sí, por mi desgracia! En contra de la razon, de la libertad, de la honra de España!!... En contra de esa hermosa causa, por la que hemos derramado nuestra sangre generosa, en contra de mi General, que ha sido toda su vida el más firme sosten de ella!!...

EMILIA. Pobre Andrés!...

ANDRES. Oh!... mi querido amo, perdone usted á mi desdichado hijo!... Hemos nacido en la casa de usted; hemos comido su pan; no deberia haber perdon para esta ingratitud!... pero yo siempre he sido bueno! perdone usted á mi hijo por mí! se lo pido por Dios, de rodillas!... perdónele usted por mí!! (Cae de rodillas á los piés del General.)

GEN. (Se queda un momento contemplándole.) Pobre loco!... Qué estás haciendo?...

ANDRES. Suplicando de rodillas al hombre más respetable de la tierra!!...

GEN. Infeliz!... infeliz!... No hay hombre en el mundo que merezca esos extremos!

ANDRES. Ah!... Sólo usted!

GEN. Calla!... Calla!!... Álzate del suelo!...

ANDRES Perdone usted á mi hijo!...

GEN. Álzate del suelo. No ese tu puesto!!...

ANDRES. Señor!...

GEN. No, no es ese tu puesto! Tú eres mi amigo!... Tú eres mi hermano!...

ANDRES. Qué me dice usted!...

GEN. Sí, sí, levántate, déjame estrechar entre las mias esa mano honrada y leal!! (Andrés besa delirante la mano del General.)

TODOS. Ah!!

ARN. Mamá, este hombre me seduce!...

FERN. Calla, necio!

ANDRES. Dios mio!!... Dios de bondad!!... No hay nadie más feliz que yo! Ya vendrá mi hijo y besará de rodillas esta mano generosa!... Si viera usted lo arrepentido que está! Las protestas que me ha hecho!. .

RAFAEL. Debe haberte jurado que no saldrá jamás de aquí?...

ANDRES. Nunca!...

RAFAEL. Que su vida será consagrada al trabajo!

ANDRES. Sí, sí!

RAFAEL. Que no tendrá más afan qne velar el sueño de su padre!

ANDRES. Eso! Eso!

RAFAEL. Oh!... Lo hará, lo hará, Andrés! No lo dudes! Ha comprendido que para el jóven que siente en sus venas el calor de la honradez, no hay más que una virtud verdadera, que llena su corazon de felicidad: El ser buen hijo!...

GEN. Oh!... Bien, hijo mio!... Sosiégate, Andrés!... Tranquilizaos todos! Este es un dia feliz!! Qué recompensa á mi cansada vida!!...

EMILIA. Padre mio!...

GEN. Ángel de mi alma!... Consuelo de mi vejez!!... En tí veo todas las virtudes de la santa que nos mira ahora desde el cielo y á la que muy pronto me reuniré! Este es su mejor aniversario! Oh, hijos mios, rodeadme!...

No os aparteis jamás de la senda que habeis elegido. Un juez supremo apreciará vuestras acciones y os dará el reposo del justo!...

RAFAEL. EMILIA. PEDRO. ANDRES. (Con grande expresion; pero muy bajo.) Oh!...

GEN. Y vosotros, desgraciados, que habeis venido á manchar una honra inmaculada, que caminais ciegos al abismo por una senda de espinas!... Id!... Salid libres de esta mansion donde no anidan el rencor ni la venganza! Yo os perdono!

TODOS. (Con extremada expansion.) Ah!!...

GEN. Sí, sí, yo os perdono!!... Vosotros dareis cuenta de vuestra vida al que nada se le oculta; vosotros sabreis cómo apareceis ante el tribunal de Dios!!...

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 19 de Agosto de 1868.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Maturó.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Santúcar.	I. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.